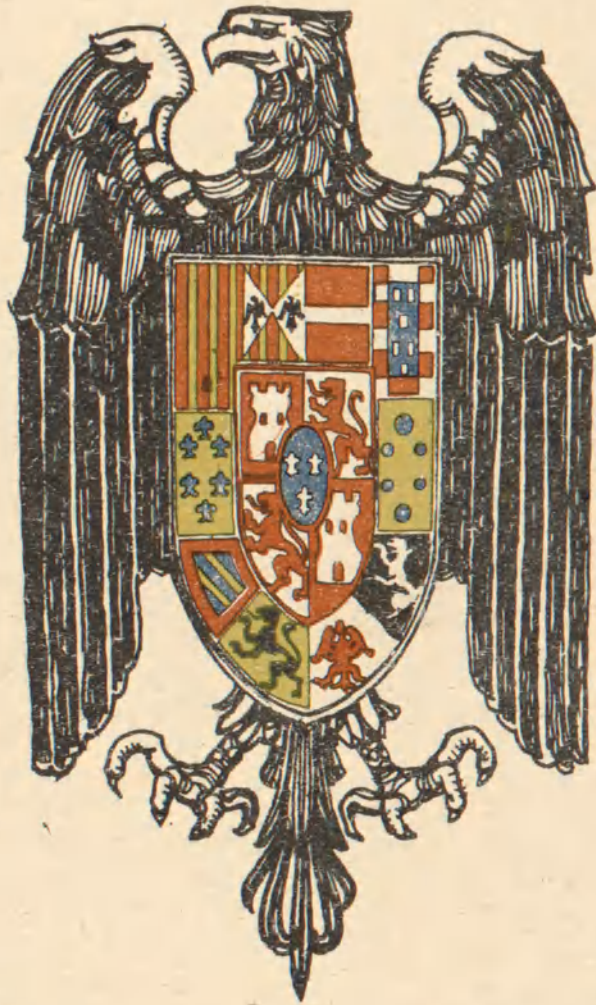


VOLUNTAD



· NUMERO · XIV ·

MADRID · 1º · DE · JUNIO · DE · 1920

· DIRECCION ·
COLMELA Nº 8

PRECIO E NUMº
DOS PESETAS



SUMARIO

- Cubierta:** Monumento al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles.
- Acción Católica de la mujer. Una velada en el Real,** con fotografías de *J. Larregla*.
- Actualidades:** Informaciones gráficas por *Vidal y Larregla*.
- La Argentina y España. 25 de Mayo de 1910 y 1920:** Crónica de la fiesta celebrada en el Ritz en honor de S. A. R. la Infanta Isabel. Texto de *D. José Ortega Munilla*. Fotografías de *Vidal*.
- La vida en el extranjero:** Información gráfica de los homenajes a Lafayette y a Juana de Arco.
- Disertaciones transcendentales. Las brillantes oposiciones:** Por *Wenceslao Fernandez Flórez*, con ilustraciones de *Doria*.
- Portada: Retrato de niño.** Por *Eugenio Hermoso*. Reproducción en tricromía.
- El Hábito del orden:** Fragmento de un discurso pronunciado por el Eminentísimo Señor Nuncio Apostólico de Su Santidad, Monseñor Ragonessi.
- Rayo de Sol:** Poesía de *Manuel de Sandoval*, con ilustraciones de *Gili Roig*.
- Temas actuales: El pan del cura. El rincón. La hogaza.** Con dibujos de *Echoa y Loygorri*.
- Abanicos y flores:** Información de las Exposiciones de Abanicos y Florestal, con numerosas fotografías.
- La cumbre mística:** Por *Ricardo León*. Dibujos de *Moya del Pino*.
- La mano de Dios:** Cuento, por *Mercedes Vaiero de Cabal*, ilustrado por *Moya del Pino*.
- Por la vieja Salamanca:** Por *M. Domínguez Berueta*, con dibujos de *Pablo Vera*.
- La canción de la tarde:** Poesía por *Dolores Monedero*, con dibujos de *Moya del Pino*.
- Los Sanatorios antituberculosos:** Crónica de *Monte-Cristo* con numerosas fotografías.
- La plancha de la Marquesa:** Jugnete cómico en prosa, original de *Pedro Muñoz Seca*, con dibujos de *K-Hito*.
- Página humorística:** Triste historia. Letra e ilustraciones de *K-Hito*.
- La Novela de un Novelista** Por *Armando Palacio Valdés*. Ilustraciones de *Juan José*.

MADRID, 1.º DE JUNIO DE 1920



MONUMENTO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Erigido en el Cerro de los Angeles y al pie del cual S. M. el Rey D. Alfonso XIII leyó el acto de consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús el día 30 de Mayo de 1919. El Apostolado de la Oración conmemoró tan solemne acto, en la fecha de su aniversario, celebrando una importantísima Asamblea.





El Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, rodeado de la Directiva de la Acción Católica de la Mujer, después de la sesión de clausura de la Acción.

LA ACCION CATOLICA DE LA MUJER

② ② ② ② VELADA EN EL TEATRO REAL ② ② ② ②



DE CERTAMEN ARTISTICO QUE CONTRASTANDO con el ruido de la exterior revolución de ideas hace concebir esperanzas, de que la savia del suelo patrio florezca en frondoso árbol que dé sombra a nuestra tribu peregrina, calificó el Sr. Vázquez de Mella la fiesta

que organizada por la Acción Católica de la Mujer, se celebró el pasado día 25 en el regio coliseo.

Prestaron a esta carácter de verdadera solemnidad, ilustres personalidades del mundo aristocrático, político intelectual y religioso que presididas por los Prelados de Madrid Alcalá y de Sión y por toda la Real Familia, asistieron al acto contribuyendo el anunciado discurso del ilustre orador tradicionalista a que todo aquél selectísimo auditorio esperara disfrutar próximos instantes de íntima delectación.

Imposible es que tratándose del Sr. Vázquez de Mella queden nunca defraudadas tales esperanzas, y en este caso no es aventurado afirmar que su conferencia realizó y superó cuanto el público esperaba de ella.

Fué en su primera parte el discurso, un maravilloso panegírico de la historia femenina a través de los siglos, desde que nos aparece envuelta en sombras de tragedia allá en el mundo clásico y oriental hasta que redimida por el cristianismo, por el perdón del Hijo de Dios, sale

de las catacumbas para contemplar la Cruz de Constantino, a cuya sombra deja de ser esclava.



La mesa presidencial y las señoras delegadas de provincias durante la Primera Asamblea de la «Acción Católica de la Mujer», celebrada en la Academia de Jurisprudencia.





El Sr. Vázquez de Mella, después de pronunciar su conferencia en la Velada celebrada en el Real

La brillante pléyade de mujeres ilustres que evocó el orador arrancaron de sus labios, al llegar ante la figura gloriosa de Santa Teresa de Jesús, frases de tan soberana hermosura, y de tan intensa emoción que la sala entera se unió en un aplauso indescriptible, que prestaba su adhesión al orador católico y era homenaje de amor a aquella mujer sin par en cuyo corazón se confundieron con los esplendores de la pasión divina, las llamadas de la fe española.

Después de recorrer la historia de la revolución francesa, ola de paganismo que profanó hasta el altar santo, el Sr. Vázquez de Mella tuvo un inspiradísimo canto para el catolicismo, que no solo redime sino que presta a la belleza física un aliento inmortal, un perfume que emana de tres delicadísimas flores, únicas que la integran dignamente: el pudor, la modestia y la gracia.

Ante el movimiento feminista de carácter pagano que se inicia hoy en el mundo y que amenaza arrastrar a la mujer por la fatal pendiente de una emancipación materialista, substrayéndola de los deberes religiosos y del lazo conyugal, para hacerla caer en la más espantosa de las degradaciones, adviértese la urgente necesidad de oponer un intenso movimiento femenino de carácter netamente católico, semejante al que Francia inició ante el peligro revolucionario, al que en Alemania inspiró la creación de una Universidad popular femenina, y al que ha repercutido en casi todas las naciones, llegando hoy hasta nuestra Patria que dichosamente pudo quedar rezagada en esta lucha contra el mal, por conservarse en su suelo más puras que en parte alguna las santas instituciones de la religión de la familia.

Lo que se solicita en este movimiento es igualdad ju-

ridica social y política y es un hecho consolador el ver como muchas de las mejoras que la mujer pretende en otros países le están ya concedidas en España con la independencia de bienes en las capitulaciones matrimoniales y la igualdad de derechos en cuestiones comerciales y financieras. A estas fuera conveniente añadir algunas otras que indicó en su último discurso el Sr. Maura.

En cuanto al voto femenino, el Sr. Vázquez de Mella rebatió con insuperable agudeza y fina sátira varias de las objeciones que se oponen a su concesión, mostrándose decidido partidario de que la mujer pueda disfrutar del voto social y llegue a entrar en el Parlamento, no por el sufragio universal, sino por la representación de clases.

En una amenísima digresión de carácter político, que el público escuchó con vivísimo interés, relató el Señor Vázquez de Mella un ensueño que formó en su mente y que daría solución a hondos problemas sociales, realizando una transformación del régimen de partidos, en uno de clases, con un gran Parlamento por éstas formado, y en el cual tuviera asiento la mujer.

Hizo luego un llamamiento a todas las damas españolas para que procuren con su esfuerzo y su inteligencia que desde hoy no existan orfandades en España, inspirando al obrero confianza y amor hacia la Iglesia y hacia la Patria, madres incomparables de todos los que se encuentran desamparados.

Terminó ensalzando la gloria inmarcesible de la Iglesia Católica, que solo con mostrarse se nos revela divina y en párrafos de imponderable elocuencia entonó un himno de amor a la Patria y a la sagrada integridad de su territorio y de su historia.

UNA OBRA DE ARTE @ EL INSTITUTO DE LA SAGRADA FAMILIA @ REUNIONES SOCIALES FEMENINAS @ ORGANIZACIÓN CATÓLICA FEMENINA @ EN ORIENTE

UNA OBRA DE ARTE.—Los Maríes de los Sagrarios de la Diócesis de Madrid-Alcalá han ofrecido al Divino Prisionero del Tabernáculo como prueba de rendido amor y homenaje de fe y de reparación, el artístico Copón cuya fotografía acompaña a estas líneas. La concepción del dibujo es acertadísima. El arte supo ponerse al servicio de la inspiración piadosa y los bellos emblemas en el Copón cincelados, hacen que la riqueza del dón material, con ser grande, desaparezca ante el significado espiritual que refleja.

EL INSTITUTO DE LA SAGRADA FAMILIA, concebido por el Abate Pedro Bienvenido Noailles, de santa memoria, a los pies de la Imagen de Nuestra Sra. de Loreto en Issy de Francia, y establecido hace más de medio siglo en nuestra patria, ha llegado a adquirir en ella carta de naturaleza, y cuenta en todas las clases de nuestra sociedad hijas que conservan tradiciones de paternal unión y afecto, y un sello característico de amable sencillez cristiana, que sus educadores supieron imprimirles. En este año de 1920 ha alcanzado dicho instituto la fecha del primer centenario de su fundación; y reunidos sus tres ramos establecidos en Madrid (Damas de Loreto, Hermanos de San José y de la Esperanza) y con las alumnas de los distintos colegios, antiguas alumnas y numerosa concurrencia de eminente piedad y distinción, han celebrado esta memorable fecha del centenario con un triduo extraordinariamente solemne y devoto, en el histórico y grandioso templo de S. Jerónimo el Real. Los Excelentísimos e Ilmos. Señores Obispos de Madrid-Alcalá y de Sigüenza contribuyeron con su presencia a dar mayor realce y religioso esplendor a tan hermosa fiesta, coronada por solemnísima Misa Mayor en que ofició de Pontifical el Excmo. Señor Obispo de la Diócesis, en la mañana del martes 18 del corriente.

REUNIONES SOCIALES FEMENINAS.—Organizadas por la «Commission d'Education Civique de la



Cópón ofrecido por los Maríes de los Sagrarios

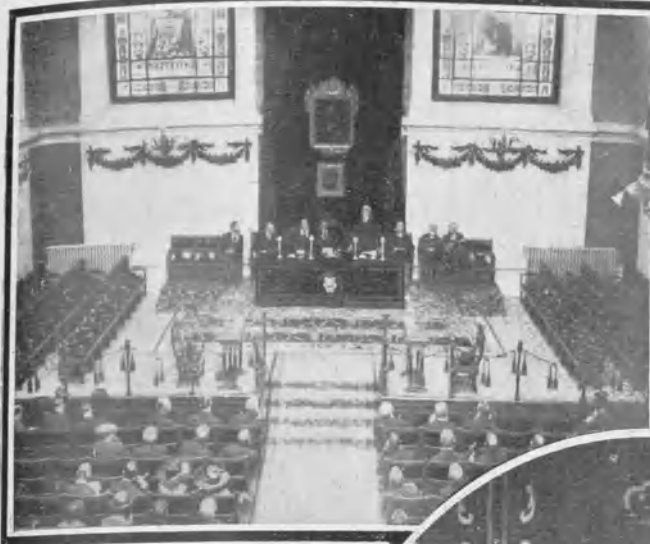


Grupo de distinguidas señoritas, al salir de la Iglesia de San Jerónimo, después de la solemne función con que se conmemoró el Centenario de la fundación del Instituto de la Sagrada Familia (Fot. Larregla)

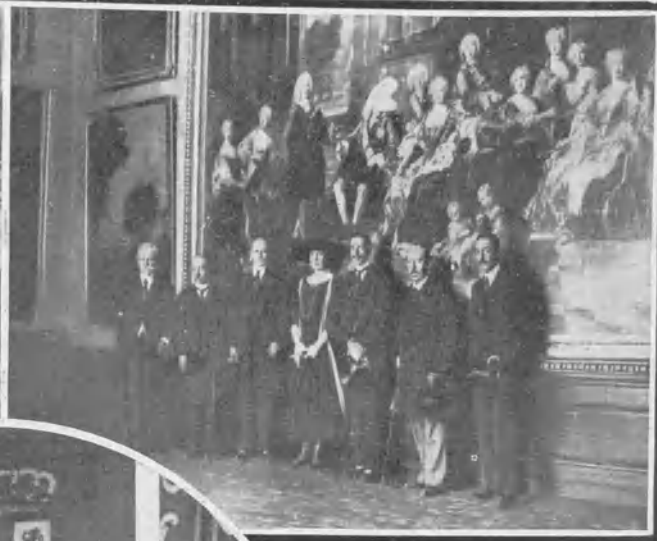
Femme y Action Sociale Feminine» se han celebrado en París tres importantes reuniones los días 23, 24 y 25 del pasado mes de Abril. De ellas nos da cuenta detallada la señorita María de Echarri en una interesante crónica cuya publicación aplazamos, por falta de espacio en este número, hasta el próximo del 15 de Junio.

ORGANIZACIÓN CATÓLICA FEMENINA.—En Washington se ha celebrado últimamente una junta de Damas, presidida por Mons. José Scherms, obispo de Toledo, del Estado de Ohio y jefe del Comité Nacional católico de Obras Sociales, con objeto de constituir la Unión en la que han de entrar las diversas organizaciones femeninas de Norte América, las cuales suman en total 3.000 asociadas. El fin que esta Unión se propone es el de centralizar virtualmente los esfuerzos individuales, respetando el carácter especial de cada asociación, para lo cual dependerán todas ellas de un Consejo Nacional compuesto de representantes de las catorce provincias eclesiásticas de los Estados Unidos.

EN ORIENTE.—Las mujeres chinas comienzan también, como las japonesas, a despertar de la inercia que las mantuvo esclavas largos siglos. El feminismo se manifiesta en China por un evidente progreso de la educación, que ha contribuido a despertar en la mujer legítimas ambiciones, siendo ya muchas las que van al extranjero a instruirse en carreras comerciales y profesionales. En cambio, el sufragio no ha logrado aún conquistar en aquel país muchas adeptas. Las chinas son, en su mayoría, contrarias al «voto» y hasta ahora sólo solicitan reformas en las leyes matrimoniales, porque, aunque sumisas siempre a la autoridad paterna, son ya frecuentes los casos en que las bodas no se supeditan a esta autoridad.



Izquierda: D. Antonio Maura, pronunciando su discurso en la sesión inaugural de la semana francesa.



pués de la colocación de la primera piedra de la Casa de Velázquez.

Derecha: SS. MM. Don Alfonso y Doña Victoria en el acto de inaugurar la sala francesa instalada en el Museo del Prado.



En el círculo: El Rey leyendo su discurso, contestación al del Duque de Alba, des-

Abajo: Su Majestad la Reina D.^a Cristina acompañada por SS. AA. RR. la Infanta Doña Isabel y las infantitas Cristina y Beatriz al terminar la interpretación, por distinguidas señoritas, de un cuadro plástico durante la velada celebrada en el Colegio de las Madres Ursulinas y en la cual tomaron parte distinguidas señoritas.





S. A. R. la Infanta Doña Isabel
(Cuadro de Benedito)

LA ARGENTINA
Y ESPAÑA



25 DE MAYO
1910 - 1920



EN HONOR DE
S. A. R. LA
INFANTA ISABEL



STAMOS EN MADRID, O en Buenos Aires?... ¿Nos hallamos en el espléndido salón del Hotel Ritz, o en alguna de las magnas residencias de la Avenida de Mayo, platense? Llega la Infanta D.^a Isabel; rodéanla los

hombres eminentes que la acompañaron a su viaje a la Argentina. Nos rodean personalidades ilustres de aquella República...

No. Nos hallamos en la capital de España, pero se trata de recordar el feliz y triunfante arribo de la Infanta a la ciudad por tantos títulos admirable, que es cabeza y norma del nuevo país floreciente... Fecha del día en que escribo: 25 de Mayo de 1920... Acontecimiento que se celebra: 25 de Mayo de 1910. Y la persona augusta que hoy recibe estos homenajes es la misma que los recibió de los argentinos hace diez años.

La descripción de la fiesta puede reducirse a unas líneas. Predominaba en ella un evidente carácter de universalidad cosmopolita. Era uno de esos acontecimientos que unen, que enlaza a los de acá entre sí, a españoles y americanos en una fraternidad cristiana y española. Su Alteza D.^a Isabel llegó al Hotel

El Encargado de Negocios de la Argentina, S. Leviltier



La Infanta rodeada de algunos de los invitados a la fiesta

Ritz. Una orquesta entonó la *Marcha de Infantes*. Sonaron aplausos. El ilustre Encargado de Negocios de la Argentina, Sr. Levillier, dió el brazo a la Princesa y la condujo al salón. La viajera egregia obtuvo el fervoroso saludo de todos. Formáronse grupos. Doña Isabel saludó a los concurrentes, estrechó las manos de muchos, dedicó doles palabras oportunas, de las que ella tiene el secreto. Más de hora y media permaneció la señora en pie, incansable, con una resistencia prodigiosa. Siempre con la sonrisa en los labios, siempre con la frase discreta. Fué un nuevo triunfo de la Infanta.

Allí estaban para saludarla argentinos y españoles, sin que faltaran los miembros de la Comisión que la acompañó en su viaje trasatlántico. Imposible es copiar la lista de los que han contribuido a la solemnidad. Sólo daré unos cuantos nombres: Maura, Dato, Romanones, Alhucemas, Cierva, conde de Bugallal, Alba, Sánchez de Toca, Sánchez Guerra, general Primo de Rivera, Carracido, Allendesalazar, condesa de Pardo Bazán, marqués de Cavalcanti, marqueses de Salamanca, marqués de la Torreçilla, marqueses de Urquijo, Ramón y Cajal, Luca de Tena, Lampérez, Benlliure, Benavente, los Embajadores de Francia, Inglaterra, Italia y Estados Unidos, representante del Nuncio y el Cuerpo diplomático americano. Estos nombres no son sino unos cuantos, ni importa una extensa referencia. Basta saber que aquello fué una concordancia extraordinaria, pocas veces realizada, de todos los elementos sociales: aristocracia, riqueza, ciencias, letras, artes y trabajo. Lindísimas damas argentinas evocaban la poesía de aquel país, junto a supremas bellezas castizas.

No creo que se haya verificado en España una fiesta diplomática del interés de la oportunidad, de la eficacia que esta que en la tarde del día 25 llevó a los salones del Hotel Ritz a S. A. R. la Serma. Infanta D.^a Isabel. El iniciador y organizador de este acontecimiento memorable lo es el ilustre escritor Sr. Roberto Levillier, Encargado de Negocios de la República Argentina. El objeto era conmemorar otro 25 de Mayo, el de 1910, cuando la augusta señora fué a la capital del Plata como Embajadora extraordinaria de su sobrino, el Rey D. Alfonso XIII, para asistir a la fiesta de la Independencia de la República. Olvidadas las pasiones, apartados del pensamiento los enojos que, por muy justos que fueran, hubieran cerrado

el camino de comunicación espiritual entre nuestro pueblo y el muy ilustre y floreciente que vive y se desarrolla en las orillas del magno río, la insigne Princesa condujo a Buenos Aires un saludo inolvidable, que fué recibido con gratitud inmensa.

Este viaje, que sólo ha tenido hasta ahora un cronista, el Sr. Marqués de Valdeiglesias, cambió en absoluto la faz de nuestra política internacional respecto a los pueblos americanos que hablan la lengua de Cervantes.

El día 3 de Mayo navegaba, camino de Río de la Plata, el magnífico vapor de la Compañía Trasatlántica *Alfonso XIII* al mando del capitán Deschamps, viejo marino que se hizo famoso en la guerra de Cuba, burlando varias veces el bloqueo yanqui, y que aún continúa en sus viajes mensuales a las lejanas orillas platenses. En ese vapor iba la Infanta D.^a Isabel, a la que acompañaba una corte espléndida de intelectuales, de que era jefe el ex ministro de Estado, Sr. Pérez Caballero. Sabios, literatos, periodistas, pintores y artistas de todo género formaban la corte de Su Alteza. Fué el viaje felicísimo. La hermana del Rey malogrado dió siempre la nota de la Real gracia, de la discreción suprema, del entendimiento. Ella fué luz guiadora a través de las tenebrosidades del mar. Y el día 25 del mes citado llegaba a la capital de la República la gloriosa hija de Reyes, siendo recibida por el Presidente de la nación, Sr. Figueroa Alcorta. Comenzó entonces una serie inagotable de triunfos, de homenajes, que se prolongó hasta el día 2 de Junio, en que la Infanta hubo de regresar a España...

Tiempo después estuve yo en Buenos Aires, y de tal modo permanecía la memoria común del viaje de la Señora, que muchas veces oí estas palabras: — ¡Cuando la Infanta vino...! — ¡Si hubiera usted estado aquí cuando la Infanta vino...! — «¡Qué princesa, qué señora, qué mujer, qué temple de reina...!» Cuando el cielo estaba claro, con aquella dulce palidez propia del horizonte argentino, las gentes me decían: «¡Es el día de la Infanta!...» como en Londres se dice de las alegres mañanas de Mayo: «El día de la Reina», aludiendo a la inolvidable Reina Victoria...

La Infanta realizó el prodigio de que, siendo tan difíciles la ocasión y el momento y tantos los intereses encontrados, ella supo dejar satisfechos a todos. Serena y grácil, princesa y dama de mundo, con el conocimiento asombroso que posee de la vida, tuvo para cada una de las innumerables personas



Un aspecto de los jardines del Ritz, durante la fiesta

Fot. Vidal.

que la saludaron la frase conveniente. Y fué siempre lo que debía ser: la heredera de los Monarcas poderosos, emblemática representación de nuestra historia.

Su excelencia Roberto Levillier ha tenido en este día del 25 de Mayo de 1920, una idea de poeta, de poeta diplomático, de perspicaz analizador de los intereses mundiales. Y ha sabido marcar para siempre la recordación del suceso maravilloso. A este insigne argentino debemos los españoles profunda gratitud. El nos ha hecho revivir en Madrid la gesta sublime del viaje de la Señora y ha despertado la tarda memoria de los distraídos, destacando de nuevo la resolución magnánima, providencial, del Rey Don Alfonso XIII, y la gloriosa empresa de la Emigrante que emprendió la navegación para colmar de honores a la innumerabilidad de los otros emigrantes. Estos van a la Argentina en busca de medios de vida, para desarrollar sus inventos industriales, para aplicar el brío de sus activos espíritus... Y la Emigrante que presidió la fiesta del Hotel Ritz, iba en busca de algo que vale más que todo eso: el vellocino de oro de la hidalguía hispánica, el amor de los hijos ilustres que allá acreditan sin tregua el poder inicial de la Madre Patria.

Así la fiesta del Hotel Ritz revistió una solemnidad insuperable. Grande en todo el representante de la Argentina, supo ordenar los elementos como convenía al caso. Así resultó acorde, excelso, perfecto.

Yo que conozo la vida admirable de la Infanta Doña Isabel, estoy seguro de que en la fiesta a que me refiero habrá ella experimentado emoción dulcísima. Por lo mismo que es adversa a las vanaglorias, conserva en su corazón la pura sensibilidad de la mujer buena y noble. Desdeñosa de todo triunfo oficial, sabe, sin duda, estimar hondamente los que de la realidad surgen. ¿Cómo ha de olvidar la Señora el amor con que fué recibida en Buenos Aires, cuando desde las más ilustres patricias de aquella nación hasta las más humildes obre-

ras gallegas, vascas y castellanas la esperaban al paso, arrojando sobre su carruaje millares de ramos, enviándole besos, y gritos de estremecida ternura?... Sospecho yo que en la recepción del Hotel Ritz, la Infanta Isabel vió pasar en visión fantástica todos los incidentes de su viaje. Y ella tan segura de sí misma, tan correspondiente en todo caso a la serenidad de su condición, habrá sentido en sus párpados la humedad de la lágrima...

Grande y noble Señora, la que anda entre los españoles como una madre entre sus hijos, la que ha sembrado medio siglo de existencia de protecciones útiles, de amparos eficaces, de generosidades provechosas, la tutora de los artistas, la que ha elevado a tantos centenares de hombres ilustres desde la miseria a los más respetados puestos de la sociedad... Yo la veo salir del Hotel, con su sonrisa habitual, con su gesto benévolo, esplendorosa en su calidad principesca... Y la envió un ramo ideal de flores, cogidas en los jardines de Palermo y en las huertas de Murcia, ceñido con dos cintas en que lucen los colores de los pabellones argentino y español... Infanta Isabel, Rica Hembra de Castilla, la que está unida a todos nosotros por el común amor de la patria, la que siempre fué perfecta... Permitid que bese la orla de vuestro manto un viejo escritor, que nunca tuvo otros entusiasmos que los de la tradición honrosa de la raza que honraís.

Cuando Su Alteza la Infanta entraba en aquel salón, pudo repetir la frase famosa: «Decíamos ayer...» Y de todos los concurrentes y aun de todos los españoles bien orientados, surgirían la continuación del párrafo, después de diez años de lapso, al viaje de la hermana de Don Alfonso XII, es de desear que siga el viaje del Rey de España.

Y nada más. Porque es tanto lo que me falta por decir, que el laconismo fuera la extrangulación de mi pensamiento.

J. ORTEGA MUNILLA

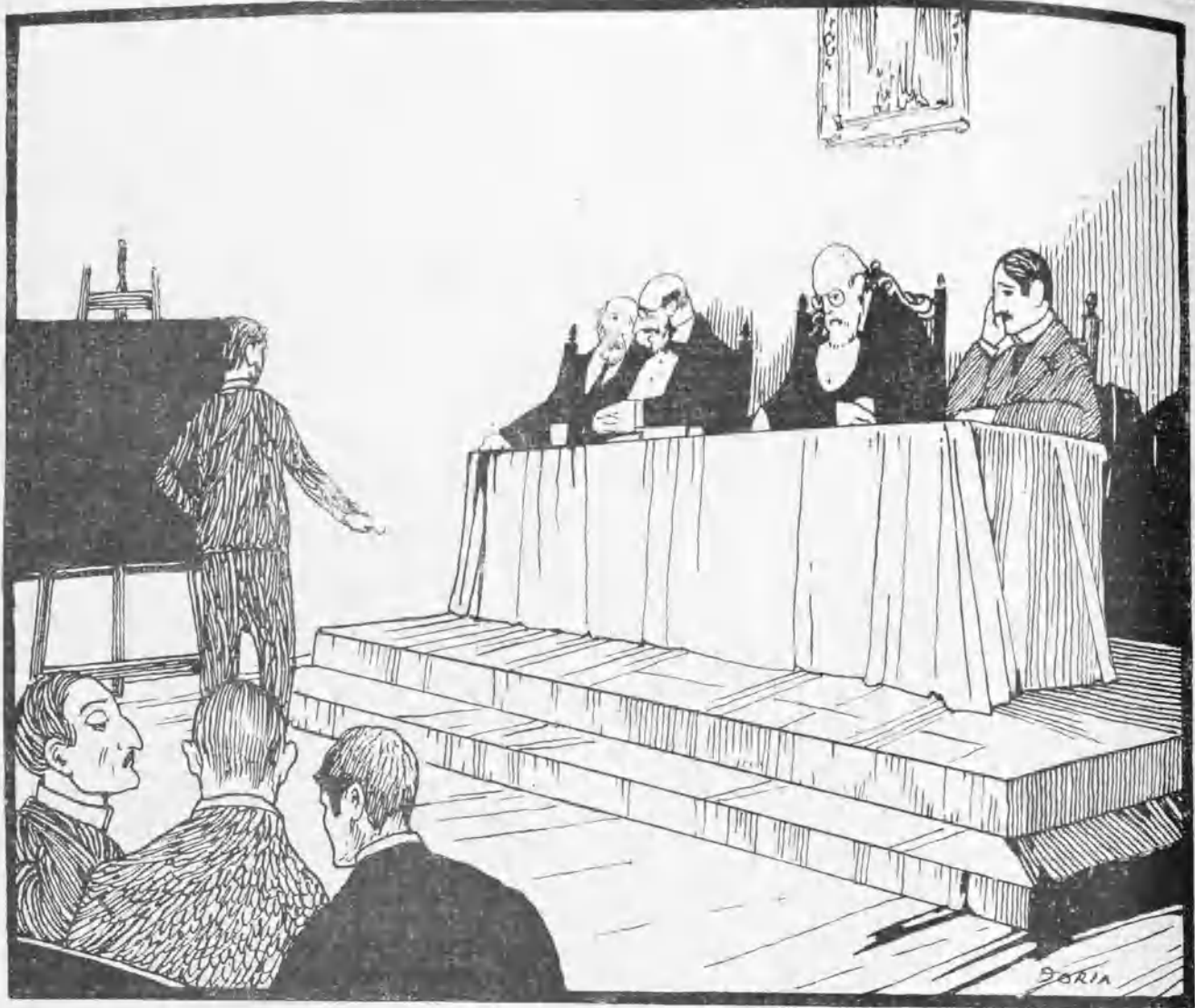
EN MEMORIA
DE LAFAYETTE

Con motivo de la conmemoración de la muerte de Lafayette se han celebrado en París grandes fiestas. Nuestra fotografía representa a la niña Billie Crompton, mascota de la 77.ª división, depositando una corona al pie de la estatua del homenajeado.



HOMENAJE A JUANA DE ARCO

Los católicos de Londres han celebrado con grandes fiestas la canonización de Juana de Arco. Las congregaciones de Hijas de María organizaron una procesión solemne, que recorrió las principales calles y plazas de la capital británica, siendo contemplado su paso por muchos millares de personas. En la comitiva figuraba un grupo representando uno de los pasajes de la historia de la doncella de Orleans. El grupo lo presidía una señorita cubierta con armadura y cabalgando un precioso caballo, equipado al estilo del siglo en que la Santa realizara las heroicas hazañas que le hicieron acreedora a los homenajes que la Iglesia y la Patria le han venido rindiendo de continuo.



DISERTACIONES TRANSCENDENTALES

LAS BRILLANTES OPOSICIONES



FUE ALLÁ EN MI TIERRA LA penúltima vez que vi a Juan Freixeiro. Se dedicaba a escribir cuentos fantásticos y desdeñaba las realidades de la vida. Ahora le he vuelto a encontrar en Madrid. Viene a hacer oposiciones.

Madrid está constantemente invadido por opositores. Son legión. Centenares, millares

de jóvenes han hecho su examen de conciencia y han llegado a decidir que nacieron para ser opositores. Hay quien toma las oposiciones como una carrera, como una profesión, como algo práctico ya por sí solo de una manera intrínseca.

Un joven nacido con estas aptitudes elige al albur uno de los ramos en que puede hacerse el ingreso por oposición: Aduanas, por ejemplo. Primeramente estudia en su provincia; luego viene a Madrid y pasa aquí una larga temporada cursando las asignaturas correspondientes y espetando a que aparezca la convocatoria en los periódicos oficiales. Cuando esto ocurre, suele también acontecer que, por el excesivo número de solicitantes o

por la supina ignorancia de nuestro hombre, es desaprobado. Entonces declara que «ha tomado asco» a la carrera, y la abandona. Pero inmediatamente busca otra con que sustituirla, y «se presenta» en Correos, o en Obras públicas, o en Hacienda, o en Policía, o en cualquiera de las mil y una carreritas breves que se han inventado, y que ni ustedes ni yo ni nadie sabe aún exactamente cuántas son, ni porqué son, ni para qué sirven en muchos de los casos.

Y, a medida que el tiempo pasa y el opositor patina sobre distintos conocimientos y conoce Tribunales y sufre fracasos, va obstinándose más y más en su empeño. Llega a hacer de él una cuestión personal; se trata ya de una borrachera, de una manía oposicionista. Además, el individuo ha perdido ya demasiados años y anduvo bastante camino para retroceder. Es preciso seguir haciendo oposiciones. Será hoy o mañana, este año o el que viene, pero él tiene que encajarse de alguna manera en algún empleo oficial, que, en definitiva, no sabe nunca cuál ha de ser.

Esta manía, como todas las manías humanas, da lugar a grandes aprovechamientos de índole económica. Un enorme tanto por ciento de los huéspedes que llenan las fondas madrileñas, son opositores; hay una porción de

honorables señores que se redondean con las dietas cobradas en el transcurso de los parsimoniosos exámenes en que forman Tribunal; en cada calle y en cada plaza han surgido Academias preparatorias que obtienen pingües beneficios del opositor... Esto representa una marea de dinero, invisible en el maremagnum de la gran capital, pero positivamente considerable.

Para cualquiera que sea aficionado a deducir consecuencias sociales, es un bonito tema el que ofrecen estos millones de muchachos que se afanan insistentemente en llegar a introducirse en el mecanismo oficinesco, a ganar un sueldo miserable, a sepultar su juventud en la melancólica esperanza de cobrar mil pesetas mensuales, con descuento, cuando ya esté con un pie en la tumba, y siempre que su carrera haya sido extraordinariamente feliz.

Es triste pensar que puedan dar la pulsación de la raza esos opositores obstinados en la homérica conquista de un mendrugo, de una carpeta burocrática y de una poltrona de hule donde esperar, año tras año, que los doce mil reales se conviertan en diez y seis mil, y los diez y seis en veinte mil...

Pero... yo iba a hablar de Freixeiro. Freixeiro no quería ser opositor; como a otros tantos, la precaria vida española le ha empujado a ello. En provincias no se paga la literatura. Freixeiro llegó a la corte con el corazón oprimido, se inscribió en una Academia, zancajeó con unos programas y unos libros debajo del brazo... Y poco a poco se dejó invadir por el veneno del ambiente.

He de declarar que su mayor sorpresa fué el trato con la Aritmética y el Álgebra. ¿Puede negarse que desconociere estas palabras? Una conciencia estrecha no se atrevería a hacerlo, pero podría afirmar que Freixeiro ignoraba absolutamente lo que se ocultaba bajo esos nombres, que siempre estimó arbitrarios y casi despreciables. Cuando compró el libro de texto y lo hojeó, la presencia de tantos signos y tantos números le dejó aterrado. Cambiamos una mirada de angustia y de desesperación.

—¿Comprendes algo de esto? — me dijo, ofreciéndome la lectura de una página, elegida al albur.

—No—suspiré con desaliento, después de un instante de meditaciones; —No; cuanto dice ahí es... es..., me parece que es prodigioso.

Se trataba de que $A + B$ es igual a C . Es posible que esto lo sepan todos los ingenieros y todos los arquitectos; pero..., vamos..., nos desconcertó.

—Sí, es prodigioso—suspiró Freixeiro.—Es tan prodigioso como inesperado. No obstante, a mí me ha atraído siempre lo sobrenatural; voy a estudiar las Matemáticas.

El joven poeta Mario Blas aseguró dignamente que él siempre había tenido a las Matemáticas en el concepto de ciencias ocultas, y que si no lo eran no sabía qué diablos se quería decir al hablar de tales «ciencias ocultas». Todos susurráramos que, en efecto, nos parecía que era así.

Freixeiro se abismó en el estudio días y noches de absorbente y continuo aprendizaje... Cuando nos vimos nuevamente, declaró que las Matemáticas eran encantadoras. Pudimos apreciar que estaba obsesionado ante los insospechados horizontes de la Aritmética. Si le ofreciais vuestra casa, apreciaba si su número era primo o no era primo. Si jugaba al dominó, reflexionaba acerca de si en la cifra de tantos de su compañero había el máximo común múltiplo, y en la suya el mínimo común divisor. No dice «quizás», «acaso», «es posible»... Sustituyó estas expresiones por otra más matemática. Dice: —Según el cálculo de probabilidades...

—Según el cálculo de probabilidades... y todo esto muy en serio, muy gravemente. Su obsesión la ha aplicado también a las personas. Un hombre con una prominente nariz, es un 7; una señora gorda, un 8; si se halla en cierto respetable estado, puede ser un 5 o un 6; las multitudes son columnas de sumandos; los bastones enarbolados, vírgulas de decimales; los rai-les del tranvía, al hacer curva, son la raya indicadora de la división...

Una vez nos aseguró que las matemáticas tenían belleza artística.

—¡Belléxa artística! —exclamó indignado el poeta— Eso es una abominación imperdonable.

—Bueno —repuso Freixeiro—, y entonces, esto de que puedas averiguar en un momento el número de litros de agua que arroja una fuente al mes, sabido que en un segundo echa medio cuartillo. ¿no es nada?

El poeta se vió forzado a responder, después de considerar largamente el asunto:

—Hombre, sí; es milagroso.

El día que se celebraron las oposiciones, fuimos a darle ánimos con nuestra presencia. En una sala aborrecible, llena de ese olor, que sólo hay en las oficinas del Estado, el Tribunal, muy grave y digno, juzgaba. Lo componían dos señores viejos, dos casi viejos y un joven que actuaba de secretario. Un opositor, casi un niño, desarrollaba un problema en la pizarra. El reflejo del sol en el hule no nos deja ver lo que escribe. Va diciendo, bailando alternativamente sobre cada uno de sus pies:

—Iendremos... ten... ten... tendremos que A..., que A... que A prima es igual... esto... es igual a C partida por B prima.

El joven secretario se rie detrás de una de sus manos produciendo el mismo ruido que un sifón al vaciarse. Después mira a sus compañeros y como los ve graves, se pone repentinamente serio también; contempla con desprecio al opositor y se dedica a comerse una uña, con un aire tal de disgusto y de capacidad, que parece dar a entender que lo mismo comería al opositor y a todas las uñas del opositor y de todos los demás opositores.

—¡Señor Freixeiro! —clama el Presidente.

Y allá va nuestro amigo. Está pálido. Extrae sus pa- peletas de la urna y comienza a hablar del sistema mé- trico. Todo aquello se entiende bastante bien y el poeta y yo estamos satisfechos. De pronto, el presidente indaga:

—¿Cuánto vale un grado sexagesimal?

Hay un momento que nos parece de estupor. El se- cretario está mascando medio pliego de papel de barba, arrollado en forma de varilla. La pregunta parece llenarle de satisfacción. El poeta oprime fuertemente mi brazo.

—¡Está perdido! —gime.

—Sí —declaró yo—; está perdido. Eso es una zanca- dilla.

¿Existe realmente el grado sexagesimal? ¿Quién ha oído hablar de él nunca? El poeta y yo hemos leído mu- chos libros, y en ninguno se menciona semejante gra- do, ni siquiera en las novelas de aventuras más extraor- dinarias. Pero aun en el generoso supuesto de que exista, ¿qué es? ¿para qué sirve? ¿dónde se encuentra? ¿cómo se produce? ¿en qué se manifiesta? No, no puede existir. Es preciso que sea un engendro de imaginacio- nes perturbadas, o un bromazo científico de mal gusto. Acaso haya existido, pero en otras épocas, en edades prehistóricas, como el diplodocus o el mastodonte, y hoy no sea más que un fósil...

Pensamos todo esto en una décima de segundo. Freixeiro define:

—Un grado sexagesimal es igual a uno más uno par- tido por diez de grado centesimal.

¡Buen golpe! El poeta y yo nos damos al codo. ¡Esa sí que fué una salida de ingenio! ¡A ver si hay alguien en el Tribunal que descifre aquel lío! ¿Cómo es, cómo es?... «Uno más uno... partido por otro con un grado centesimal» —quiere recordar el poeta—. ¡Puf!... Le es preciso contener la risa. Pero la gravedad del Tribu- nal nos convence de que realmente aquello es así. El secretario comienza a comer un lápiz rojo. El ejercicio de Freixeiro ha terminado sin novedad.

CIENTÍFICAS

SANCIÓNES CLÍNICAS

Doctor Rodríguez Recalde, Médico, Especialista en enfermedades del corazón y pulmones, Fuencarral, 69, 1.º—Madrid.

Sr. D. Mariano Ochoa.

Delegado de la Sociedad «Universus».
Madrid.

Muy señor mío: Correspondiendo a su atenta invitación, me complazco en manifestar a usted el juicio y opinión que me merece el preparado del suero S A T que estoy empleando y de cuya medicación resumo lo siguiente:

Primero. Que reúne la ventaja de poder ser aplicado en diversas formas de tuberculosis, tanto pulmonares y óseas como de piel, sin grandes contra-indicaciones.

Segundo. Que es de fácil manejo, por estar preparado en ampollas graduadas y dosificadas en tres titulaciones de intensidad y aplicación.

Tercero. Que el medio de dilución (suero sanguíneo de animal refractario a la tuberculosis y de sangre roja) es racional, beneficioso y de fácil absorción, y

Finalmente, que lo conceptúo buen medicamento con el que se obtienen resultados beneficiosos y que he apreciado entre diversos casos por mí tratados.

Con este motivo, y como siempre, me reitero de usted afmo. s. s. q. e. s. m.

Firmado: DR. RODRÍGUEZ RELALDE

Doctor Angel Bosque, Monzón.

Sr. Representante de la Sociedad Universus. Barcelona.

Muy señor mío: En paquete separado remito a usted cuatro cajas suero S A T núm. 2, para que se digne cambiarlas por ocho de S A T, núm. 1, que me hacen falta para continuar el tratamiento de mi enfermo.

Lo ocurrido en este caso es sencillamente maravilloso, sin dar a ustedes más explicaciones, que en su día expondré con todo detalle: sólo les diré que el 30 de Noviembre me trajeron al enfermo en su misma cama, colocada en un furgón del ferrocarril, pues estaba en período *pre-agónico*, agotado por la supuración de 100 gramos casi diarios, en estado de atrofia murmurar casi completa,

lleno de úlceras por decúbito y con un pulso de 130 por minuto, tratado por la tuberculina y enyesado.

En tales condiciones me hice cargo de tal pseudo cadáver; hoy, día 31, hace ya quince días que el enfermo, no sólo se levanta, tiene agotada por completo su supuración, come con casi voracidad, digiere perfectamente, ha ganado 6 kilogramos en peso, sino que, sin ayuda de nadie, ni aun del bastón, se anda paseos de más de media hora, sin casi fatiga; estos son los hechos positivos y ciertos.

Un aplauso más a los dignos compañeros Sugrañes y Riera, del cual participo yo, pues en buena hora me lancé a la aplicación de estos sueros, que, bien aplicados, concretando a cada caso en particular, me han proporcionado tantos éxitos cuantas veces los he usado.

Les saluda y queda de ustedes afectísimo seguro servidor, q. e. s. m.

Firmado: DOCTOR ANGEL BOSQUE.

Monzón 31 de Diciembre de 1919.

Sr. D. Mariano Ochoa, Delegado de la Sociedad Universus.

Madrid

Muy señor mío y distinguido amigo: Convencido de la eficacia del suero S A T que usted representa, en cuantos casos lo he empleado, y HABIENDO OBTENIDO ÚLTIMAMENTE UN VERDADERO ÉXITO CURATIVO en una enfermita afectada de coxalgia, me permito rogarle se sirva enviarme algunas cajas de sueros núm. 1 y 2, para utilizarlos en otra enferma que hoy día asiste a mi consulta particular y que padece una artritis tuberculosa de la rodilla.

Anticipo a usted las más expresivas gracias y al mismo tiempo le autorizo para que de esta carta haga el uso que tenga por conveniente.

Como convencido y entusiasta de la eficacia del suero S A T, le ruego salude respetuosamente y exprese mi entusiasmo a los ilustrados compañeros señores Sugrañes y Riera Vaquer. Quedo de usted muy atento amigo,

Firmado: FERNANDO FERNÁNDEZ CHACÓN



«Un cuadro original, en piel, pintado al temple, de mano de Berton, que representa unas niñas, las cuatro de ellas baylando asidas de las manos.»

(Texto del Índice de las pinturas, muebles y alhajas pertenecientes a la Reina Doña Cristina).

ABANICOS Y FLORES

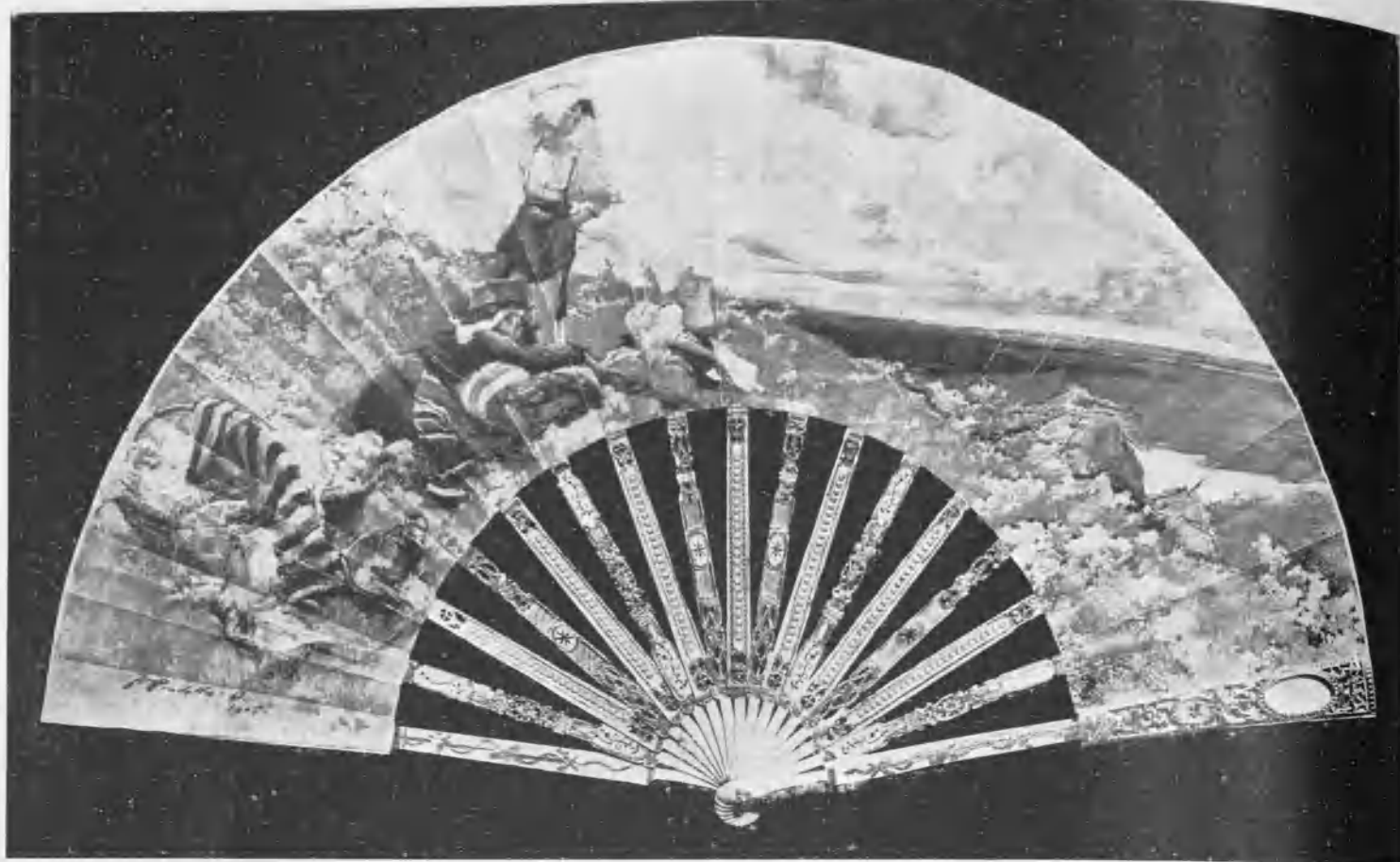


STOS DÍAS CELEBRA LA Sociedad Española de Amigos del Arte en varias salas del Museo de Arte Moderno, su décima Exposición de vulgarización industrial y artística. Desde 1910 hasta la fecha, ha organizado dicha Sociedad interesantes exposiciones de cerámica, mobiliario antiguo, pinturas

de la primera mitad del siglo XIX, lencerías y encajes, telas antiguas, miniaturas, retratos de mujeres, hierros antiguos y esta de *El Abanico en España*, inaugurada recientemente. El objeto de estas exposiciones es, sin duda alguna, digno de los mayores elogios. Se pretende con ellas, y se consigue con éxito brillantísimo, vulgarizar los más interesantes aspectos del arte puramente español y hacer ver la diferencia que existe entre estas manifestaciones artísticas y el erotismo extranjero. De este modo contribuye tan benemérita sociedad al deseado renacimiento de nuestras artes. Al propio tiempo que estas exposiciones, la Sociedad Española de Amigos del Arte, publica, con el título de *Arte Español*, una interesante revista dedicada a fomentar los estudios y trabajos que constantemente realiza.

La Exposición de abanicos, de la cual ofrecemos hoy a nuestros lectores una información gráfica lo más completa posible, ha sido organizada con el simpático fin de poner bien de relieve la existencia del abanico español ya que, sin fundamento ninguno, se nos ha considerado siempre en este punto feudatarios de Italia y Francia, especialmente

de este último país. Nada más lejos de la verdad que esa equivocada creencia tan injustamente sustentada por quienes, desdeñando el conocimiento de nuestro arte, sólo encuentran la originalidad y el buen gusto en el arte de allende los Pirineos. Con esta Exposición queda claramente demostrado que en España han existido (y existen) *abaniqueros* notabilísimos, hasta el punto de que algunas reinas de la casa de Austria tenían abaniqueros de Cámara y se hacían pintar y construir abanicos con vistas de los palacios reales, poblaciones españolas y escenas de carácter histórico, artístico y popular. A finales del siglo XVIII y principios del XIX puede decirse que se entró de lleno en España en la fabricación de abanicos. A través del abanico pueden estudiarse, desde el siglo XVII hasta nuestros días, las transformaciones y evoluciones del criterio estético de la sociedad, pues el abanico, como las joyas y demás objetos artísticos inseparables de la mujer, ha guardado siempre relación con el carácter de cada época. Así, los más antiguos—como dice muy bien el Sr. Ezquerro del Bayo—eran sobrios de color, acordes con las entonaciones oscuras de los trajes y, en general, decorados con asuntos mitológicos o de la historia griega y romana; los del siglo XVIII, brillantes en su policromía, a veces finos y delicados cual corresponde a un período cortesano y galante, con cabritillas pintadas representando fiestas palatinas o paisajes quiméricos donde se desarrollan escenas campestres con zagalas vestidas de seda y pastores de tacones rojos. Al terminar el siglo empiezan a reflejarse en el abanico las ideas de la nueva sociedad. El abanico es en-



Abanico con país de cabritilla, pintado a la acuarela y «guache». Representa un grupo de aldeanas. Al fondo, las lagunas pontinas. Lleva varillaje de marfil del siglo XVIII. Es propiedad de Doña Eulalia T de Urcola.

tonces el precursor del periódico en la propaganda política, en la recordación del suceso que apasiona, ya patriótico o literario, y, con ese matiz, continúa hasta el reinado de Isabel II, en que además vuelve a recrearse en formas anteriores y con parecidos asuntos, pero de un gusto demasiado aparatoso, que afortunadamente pierde en el reinado de Alfonso XII. Esta es, en resumen, la historia del abanico en España, historia que puede apreciarse y estudiarse minuciosamente visitando esta Exposición que, como ya hemos dicho, constituye uno de los mayores aciertos de la culta Sociedad que acaba de organizarla.

Los abanicos expuestos están fabricados con extraordinaria variedad de materiales: los hay de palma, papel y tela, con varillaje de junco, caña, madera o hueso; de piel, seda, raso, encaje o pluma, con el pie de concha, marfil, nácar o metales preciosos. El procedimiento empleado en su factura guarda siempre relación con el asunto y estilo de los decorados; en algunos casos son producto de artistas de valía; pero, generalmente, el abanico es obra de hombres desconocidos y de mujeres habilidosas, para

los cuales ha constituido ese arte una mera y simple profesión. La Exposición consta de siete salas, y cada una de ellas ha sido decorada con arreglo a las costumbres y gustos de la época a que pertenecen los abanicos expuestos, que han sido clasificados por épocas y estilos y presentados al público de suerte que la instalación y el adorno de las salas significa un verdadero alarde de exquisitez y buen gusto. Entre los abanicos expuestos figuran magníficos ejemplares propiedad



S.S. MM. los Reyes D. Alfonso, Doña Victoria y Doña Cristina, con Su Alteza Real la Infanta Doña Isabel, inaugurando la exposición.

(Fot. Vidal)

de las Reinas Doña María Cristina y Doña Victoria, Infanta Doña Isabel, Duquesa de Talavera, Infanta Doña Luisa, Duquesa de Mandas, Duque de Alba, Condesa de Caudilla, Duquesa de Parcent, Marquesa de Belvis de las Navas, Marquesa de Argüeso, Condesa del Asalto, Doña María Muguíro de Puncel, Condesa de Villamonte, Condesa de Clavijo, Marquesa de Casa Torres, Marquesa de Urquijo; Duquesa de Fernán Núñez, Marquesas de Camarasa y Casa Pontejos, Duquesa de la Vega, Marquesa de Marbais, Marqués de la Torre-cilla, Duque de T. Serclaes, Marquesa de la Mina, General Ezpeleta, Baronesa de la Linde, Marquesa de Comi-



Abanico de marfil con varillaje calado y dorado. En el país lleva cinco medallones con figuras y paisajes y dos retratos en miniatura. Es propiedad de S. M. la Reina Doña Victoria.

llas, Duquesa de la Unión de Cuba, Marquesa de Villacaña, y otras muchas personalidades que en esta ocasión, como siempre que se les invita a ello han contribuido al éxito de una de las exposiciones más interesantes que se han organizado en Madrid.

La comisión organizadora de esta Exposición la han compuesto los Sres. Duque de T' Serclaes, el insigne pintor D. Manuel Benedito y D. Joaquín Ezquerro del Bayo, quien secundado admirablemente por el joven secretario de la Sociedad Sr. Enriquez, puede decirse que ha sido el alma de esta exquisita manifestación de arte nacional. El éxito conseguido debe colmar las nobles aspiraciones de la *Sociedad Española de Amigos del Arte*. Así lo demuestra el selectísimo público que todas las tardes visita las salas de la Exposición.

Pocos días después de inaugurada la Exposición de abanicos se inauguró otra de flores en el mismo edificio de la Biblioteca Nacional. Esta exposición está siendo también muy visitada, y de ella ofrecemos a nuestros lectores algunas fotografías. Igual que la de

abanicos, fué inaugurada por SS. MM. D. Alfonso y Doña Victoria.

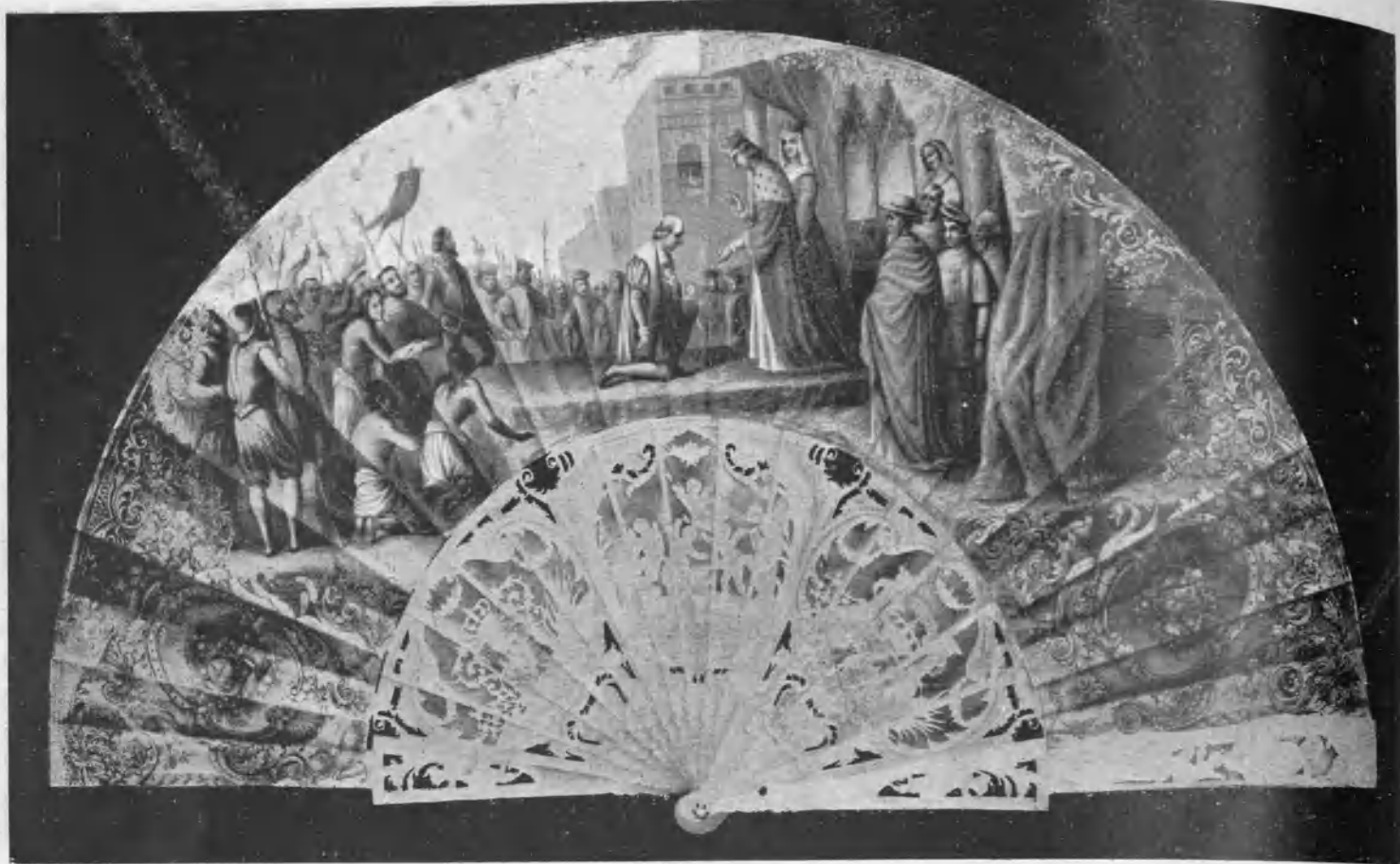
No es muy numerosa la lista de expositores, pero todas las instalaciones

tienen el encanto de su natural y delicada belleza. Donde quiera que haya flores hay un encanto para los ojos y un recreo para el espíritu. La leyenda, la tradición, la poesía, la hermosura, la forma y hasta el color de las flores perfumaron su propio aroma con la esencia abstracta y metafísica de los más opuestos simbolismos. La ternura, la gracia, el ensueño, el idilio de las almas no se concibe sino se orilla de flores la senda espiritual... ¿Cursilería? No. Lo cursi no ha sido nunca hermoso ni emocionante como una rosa de pasión o un clavel de la Caleta. Para una sensibilidad muy tosca, para un corazón cuadrado, una flor no

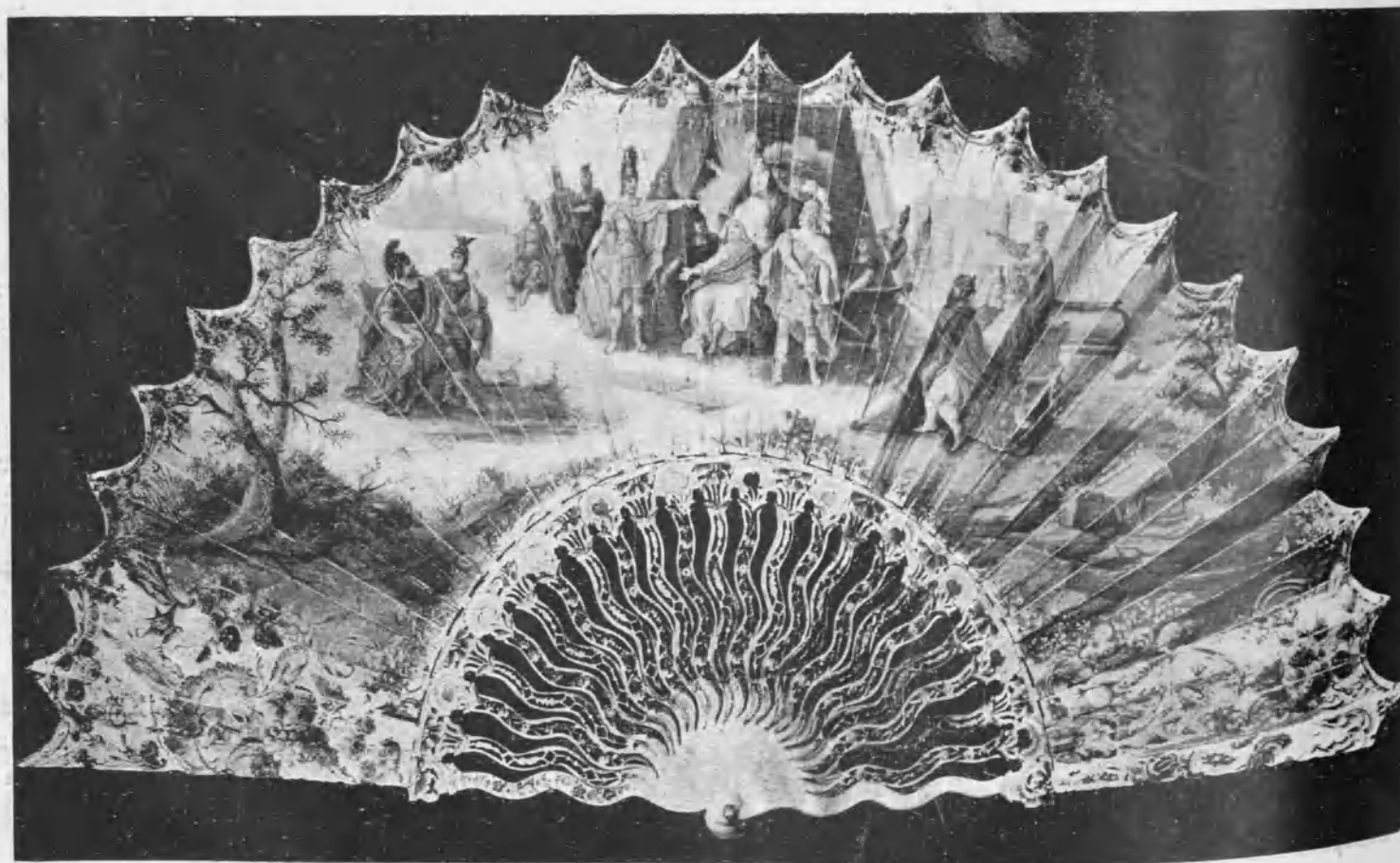
sugiere ni despierta ningún alto pensamiento, ninguna dulce emoción... Los temperamentos huecos o macizos son los que llaman cursi y afectado al puro y noble sentimiento que vibra en el fondo de todos los idealismos. Quien no supo sentir nunca el inefable poema de los albos amores ennoblecidos por la ternura y la bondad o engrandecidos por el tormento, no sentirá el espasmo de la alegría ni el temblor de la



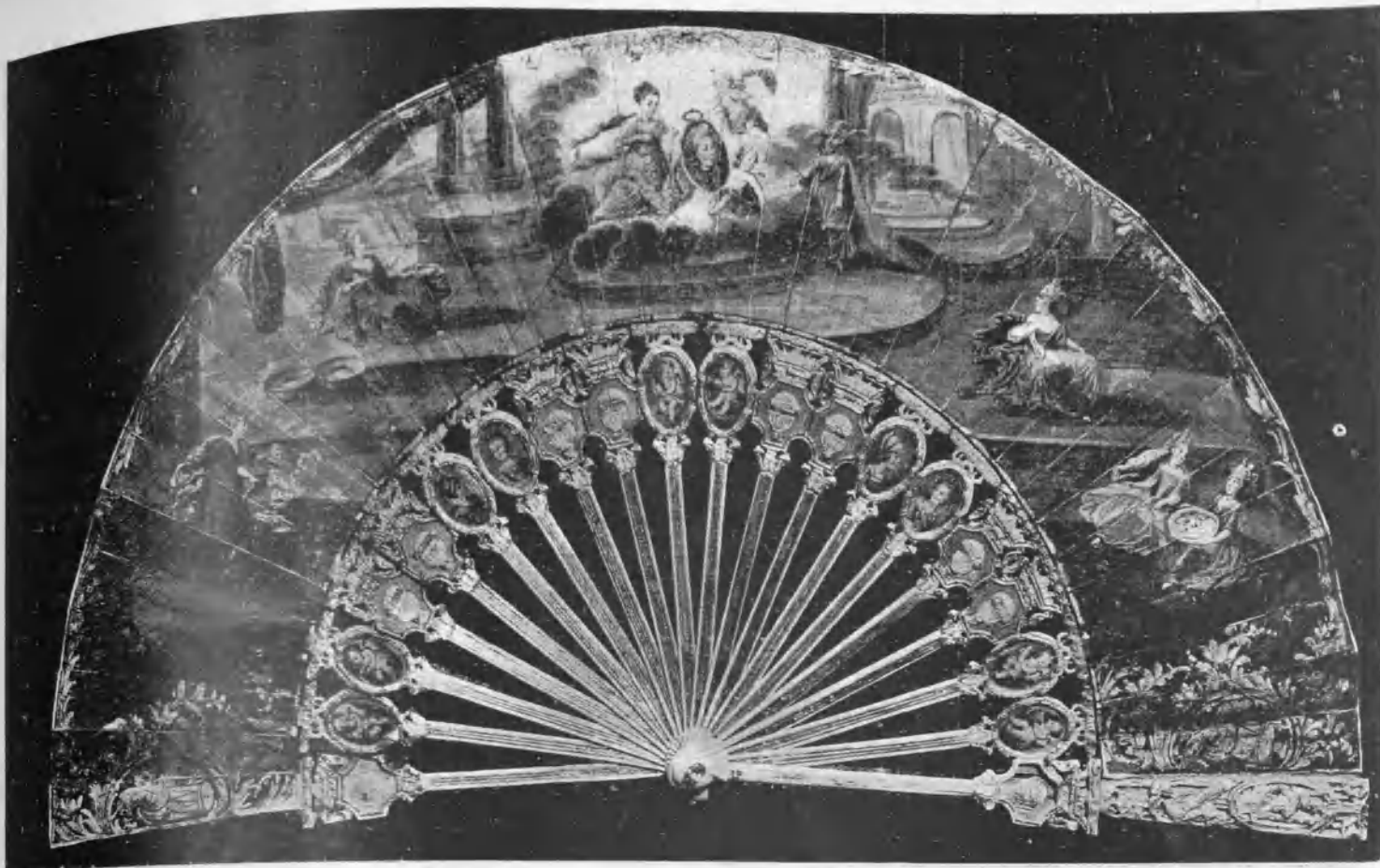
Abanico de varillaje de concha rubia, ancho, calado y dorado; país de seda bordado, con medallones pintados. Es propiedad de doña María de Guyangos, viuda de Serrano.



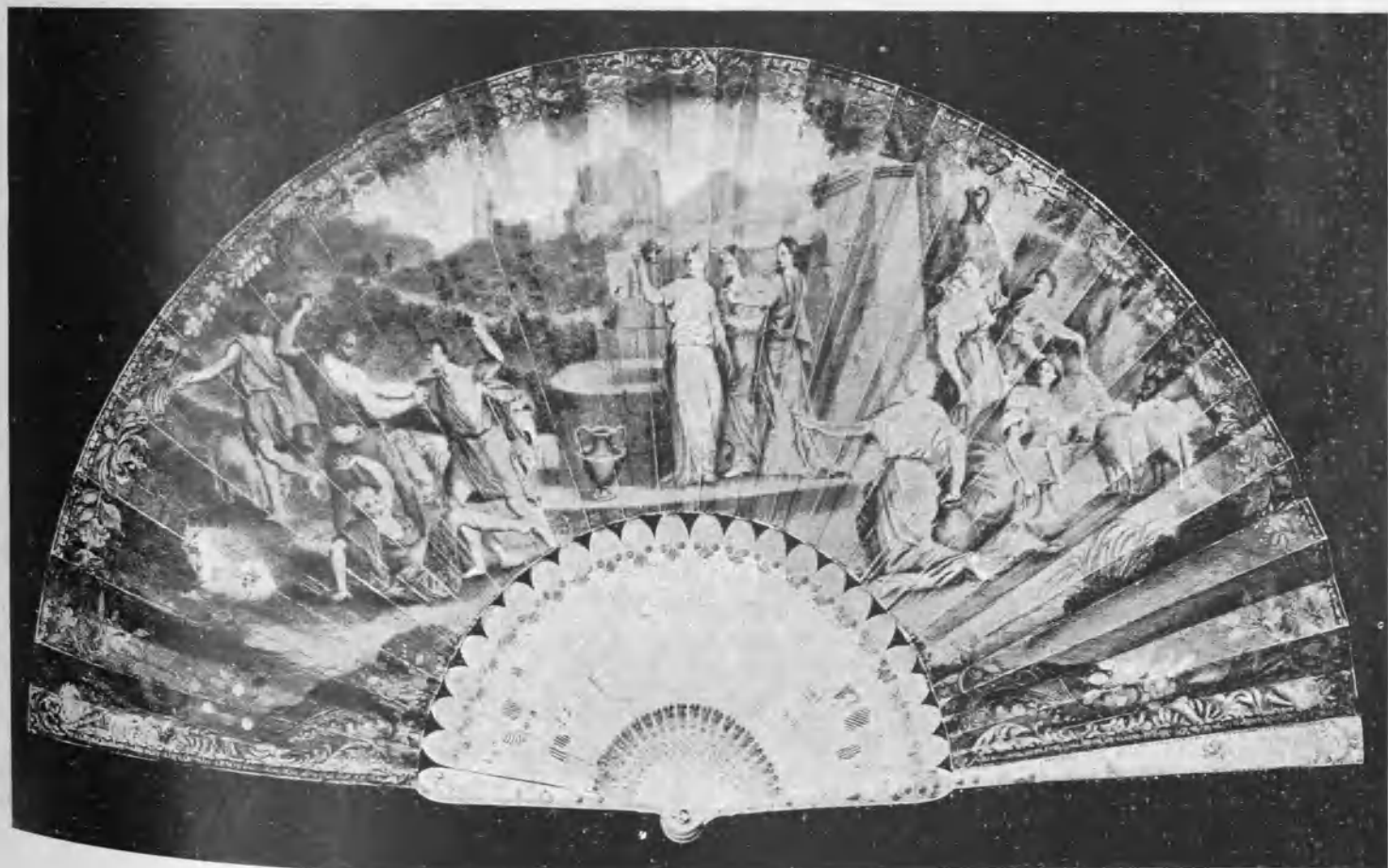
Abanico con varillaje de nácar blanco, muy tallado; medallón con amorcillos en el centro y escudos de España en los costados. País de seda, representando su pintura la presentación de Cristóbal Colón a los Reyes Católicos a su regreso de América. Es su propietaria S. A. R. la Infanta Doña Isabel.



Abanico de varillas onduladas de marfil calado y pintado; país de piel formando picos, con un pasaje de la historia de Alejandro el Magno. Es propiedad de la Duquesa de Fernán Núñez.



Abanico con varillaje de marfil estrecho, medallones con jarroncitos y miniaturas sobre fondo grillé. Vitela pintada con alegoría de un Príncipe. Propiedad de S. A. R. la Infanta Doña Luisa.



Abanico de varillaje de marfil y nácar claveteado de plata. Pais con pasaje bíblico. Pertenece a la Excma. Srta. Condesa de Caudilla.



amargura cuando encuentre una flor seca y aplastada entre las hojas de un libro... Ni podrá elevarse ante los ojos de Dios estremeciéndose y

Abanico con varillaje de marfil calado y tallado; medallones grille, con figuras. En las palas lleva aplicaciones de pedrería fina; país de cabritilla con asunto mitológico y cenefa decorada con nácar y pñitas. De la colección de S. M. la Reina Doña Cristina.

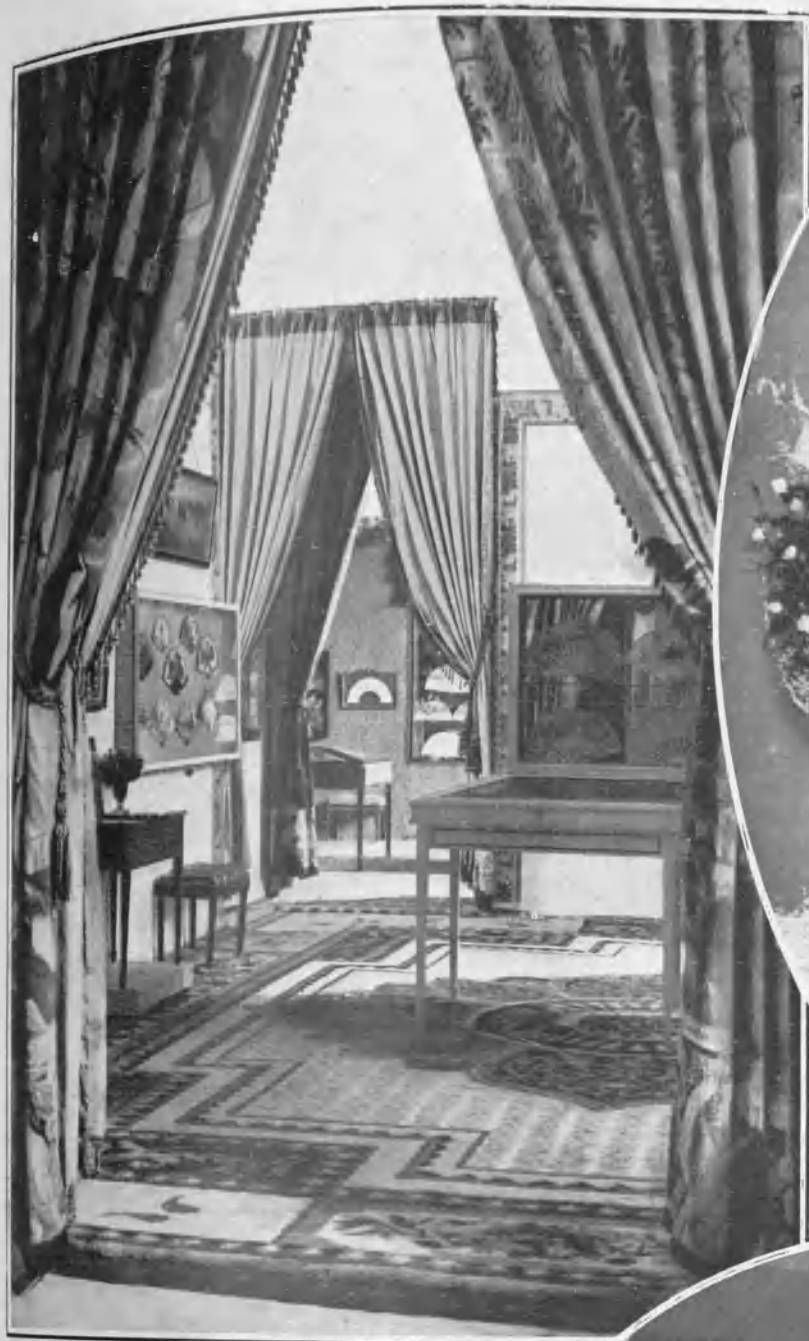
res blancas... La bárbara sensibilidad que parece imperar en nuestra época ha dado en mofarse de los más augustos refinamientos del cora-



ofrendando el tributo de su emoción y su pena a ese niña chiquita que no la conocimos nunca y que ahora va en una carroza cubierta de flo-

Abanico de niña con varillaje de nácar calado y dorado; país de papel pintado con escena campestre de niños. Hecho en Valencia. Propiedad de S. A. R. la Infanta Doña Isabel.

zón. Ya es cursi para muchos lo que debe ser para todos enseña de rica moralidad y ejemplo de noble subjetivismo.



Vista parcial de las salas en que se celebra la Exposición de abanicos



Segundo premio en la Exposición de flores

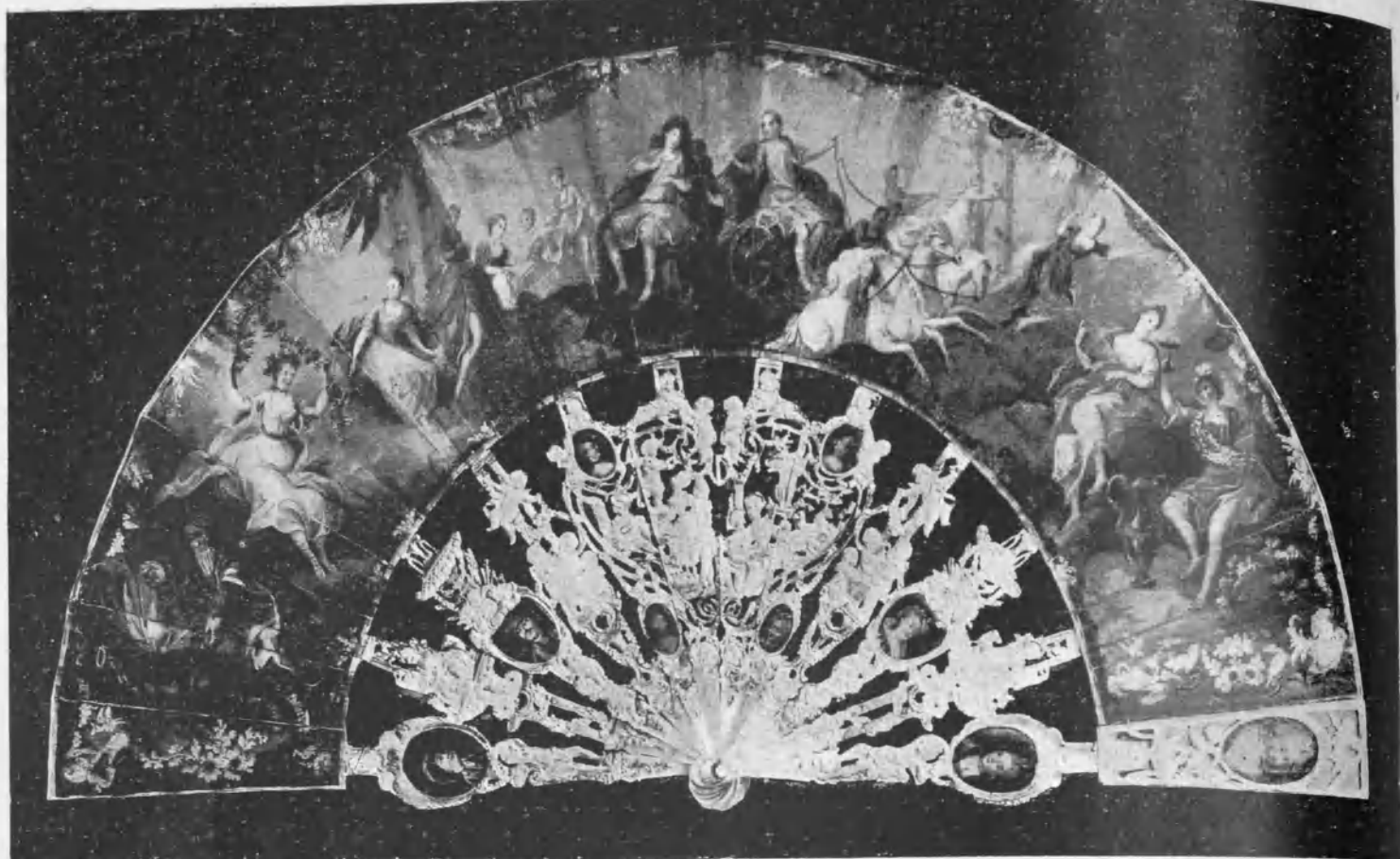


Instalación que obtuvo el primer premio

Un tierno madrigal se califica de tontería; una idea nobilísima se considera una quijotada... Pero el encanto de las flores no desaparece por eso. Quien aprisione su espíritu en un oscuro y pétreo cuchitril no hallará nunca en las flores ningún placer emotivo. Sin embargo, a la burla sangrienta de los que van por la vida limpios de tiernas ingenuidades se opondrá la mística dulzura de quien sabe ver en las flores el mismo hermoso poema que en los niños y en los pájaros.

Abanicos y flores hemos titulado esta crónica. ¡Cuántas cosas podrían decirse a propósito de ese título y cuántos tiernos madrigales se escribirán todavía con la gracia exquisita de las flores y la fina y galante historia de un abanico ideal...!

BENITO FERNÁNDEZ



Abanico de varillaje de nácar, ancho, calado y tallado; palas de marfil; dorado por el anverso y plateado por el reverso. País de cabritilla con alegorías del Sol y la Luna en medio de las cuatro estaciones del año. Es propiedad del Duque de Alba.



Proyecto de abanico dibujado a pluma por Mariano Fortuny. Representa una dama con traje Luis XV sentada en un banco, acompañada de un personaje de la Comedia italiana, enmascarado, que le canta endechas al son del laud. En el fondo lago y fuentes con juegos de aguas. De la colección de D. Félix Boix.

REAL SANATORIO VICTORIA EUGENIA DE
VALDELATAS. Fachada



Real Sanatorio Victoria Eugenia de Valdelatas. Fachada principal

LOS SANATORIOS ANTITUBERCULOSOS

ENTRE LAS OBRAS BENEFICAS QUE la caridad particular sostiene es esta de los Sanatorios antituberculosos una de las más bellas y de las que más grandes beneficios reportan a la humanidad doliente. Es además un timbre de gloria para S. M. la Reina.

Nada o casi nada se hacía en España para combatir el terrible mal que hace tantos estragos en las clases trabajadoras de la sociedad; el rudo batallar por la existencia unida a la mala y escasa alimentación y a las anti-higiénicas viviendas, acrecientan los gérmenes de la dolencia combatida con éxito en



S. M. la Reina Doña Victoria

otras naciones más adelantadas que la nuestra; esos barrios de obreros, limpios y alegres, con sus casitas blancas y risueñas, cual la que cantara el delicado autor de la Chimenea campesina, hacen que en Inglaterra, por ejemplo, la tuberculosis no clave sus garras con tanto ahinco en aquellos que más necesitados se hallan del vigor corporal para el trabajo de la tierra y de las fábricas; y si por desventura la enfermedad se ceba en algunos predestinados, a ellos acude pródigo el Estado para procurar arrancarles a la muerte.

Doña Victoria Eugenia llegó a esta su segunda patria con la visión de los grandes establecimientos



Dr. Verdes Montenegro
 Director del Real Dispensario María Cristina
 y del Sanatorio Popular Antituberculoso de
 Nuestra Señora de las Mercedes (Húmera)



Dr. Espina y Capo
 Vicepresidente de la Junta Central
 de la Lucha Antituberculosa



Dr. Codina
 Director del Real Dispensario Principe Alfonso
 y del Sanatorio Popular Antituberculoso
 Victoria Eugenia (Valdelatas)

antituberculosos que en la suya podían presentarse como modelos en el género; su corazón generoso, abierto a todas las tiernas emociones, vibró ante el doloroso espectáculo que aquí se le ofreciera, al ver malograrse tantas vidas juveniles a impulsos de esa enfermedad mortal y traidora. Y muy pronto concibió la idea de fundar primero los Dispensarios y más tarde los Sanatorios antituberculosos.

¿Mas cómo allegar recursos para tan ardua empresa? ¿De dónde sacar las cuantiosas sumas que son indispensa-



Sanatorio de Húmera: Jardines

bles para crear y sostener unos establecimientos que requieren sitios saneados, lejos de las poblaciones, aunque no tanto que hagan difícil el transporte de los enfermos? ¿Para costear la construcción de Edificios *ad hoc* capaces para numerosos asilados con todo el mobiliario y todos los aparatos que la ciencia moderna reclama? ¿Y luego para sostener todo esto, el personal científico y el doméstico, la alimentación abundante y sana, el vestido limpio y las medicinas recetadas en cada caso?

No se desanimó la



Sanatorio de Húmera

Comedor



Excm. Sra. Condesa de Romanones, Vicepresidenta del Real Dispensario Victoria Eugenia y del Sanatorio Antituberculoso Victoria Eugenia (Valdelatas)

Soberana; apenas instalada en el trono de la Católica Isabel, aprendió a conocer al pueblo madrileño; supo de sus nobles sentimientos y de su caridad inagotable; gozó con el triunfo de su bondad y su belleza; sintióse comprendida y alentada en su nueva Patria, que la acogió cariñosa y la aclamó con entusiasmo; y cuando ya en la plenitud de su soberanía, comprendió que podía llamar al alma de su pueblo entonces... estableció la

Fiesta de la Flor.

«Como el Angel de Sión
Hirió el jaspé y brotó el
[agua.]»

Solo que este Angel de Caridad hizo brotar oro en vez de agua; y la lluvia aurífera fué tal que tras los de Dispensarios *Victoria Eugenia*, *María Cristina* y *Príncipe Alfonso*, surgieron cual por arte de magia, los magníficos edificios construídos de nueva planta para Sanatorios, en Húmera y en Valdelatas.

Fué casi un milagro, y lo sigue sien-



Real Sanatorio de Valdelatas: Galería de enfermos

do; todos estos Establecimientos se construyeron y viven actualmente aparte de algunos donativos particulares de los productos de la Fiesta de la Flor. Y para que pueda el lector formarse una idea de sus importantes y beneficiosos resultados he aquí las datos relativos al año 1919 solamente en uno de los Sanatorios, el de Valdelatas, cuyas fotografías ilustran este artículo:

Enfermos ingresados, 136.

Altas (de este año y los anteriores), 137.

De estas altas salieron: Curados, 73; Mejorados, 37; o sea el 80,29 por 100.

Es decir, con aptitud para el trabajo más de las *cuatro quintas* partes de los enfermos.

En cuanto a lo gastado en el mismo establecimiento, he aquí unas cifras elocuentes, relativas al mismo año:

De los productos de la Fiesta de la Flor, 68.000 pesetas; Donativos y camas, 20.312 ptas. Total, 88.312 pesetas.

¡Magnífico resultado que conviene hacer conocer, por todos los medios posibles al pueblo madrileño que es quien principalmente contribuye al éxito!



Claro que hay también almas generosas que hacen donativos más o menos espléndidos, en consonancia con sus fortunas respectivas. Tal sucede con los que sostienen perpetuamente una cama, o lo que es igual, todos los gastos ocasionados por la estancia de un enfermo en el Sanatorio. En el de Valdelatas, por ejemplo, hay camas sostenidas por las personas siguientes: Testamentaria de los Marqueses de Linares, Marquesa de Urquijo, Condesa de Romanones, Marquesa de Perinat, y su hijo D. Luis de Perinat, D. Tomás Beruete, marquesa de Portago, Conde de Abásolo, Conde de la Cimera, D. Carlos Revenga, Condesa de Goyeneche, Marqués de la Torrecilla, Marquesa de Argüelles, Marquesa de Valdeolmos y Conde de Velayos.

Tal es, a grandes rasgos trazada, la historia de esta gran obra benéfica, que vive huérfana del apoyo oficial, a merced solamente de la caridad española.

Claro está que no está hecho todo; la obra está comenzada, más hay que completarla aumentando el número de Sanatorios o agrandando los existentes para que en vez de 48 o 50 enfermos, puedan albergar algunos cientos; y sobre todo, hay que establecer Hospitales de incurables, a donde pueda llevarse a los



*Real Sanatorio de Valdelatas: Galería de enfermas
En el óvalo: Dr. Palacios Olmeda*



Excma. Sra. Marquesa de Alhucemas, Vicepresidenta del Sanatorio Reina Cristina



Excma. Sra. Marquesa de Valdeolrios, Tesorera del Sanatorio Anti-tuberculoso de Valdelatas

que los Doctores que hacen el servicio en los Dispensarios, declaren como tales para evitar el contagio, tan funesto para los que rodean o conviven con los tuberculosos y para que estos desgraciados con quienes la

Ciencia se declara impotente, hallen las relativas comodidades y el sano alimento, que no pueden encontrar en sus miserables albergues.

MONTE-CRISTO



Excma. Sra. Condesa da Heredia Spínola, Tesorera del Real Dispensario Victoria Eugenia



Excma. Sra. Marquesa de Comillas, Vicepresidenta del Dispensario Príncipe Alfonso



La plancha de la marquesa

Juguete cómico en un acto, original de PEDRO MUÑOZ SECA
estrenado

en el Teatro de la Princesa, de Madrid, la noche del 3 de Abril de 1920

PERSONAJES

MARQUESA, Sra. Guerrero.—AGUEDA, Sra. Torres.—NICOLASA, Sra. Salvador.
EULOGIA, Srta. Hermosa.—BERTITA, Srta. Guerrero.—HIGINITA, Srta. Larrausti.
PATROCINIO, Sr. Santiago.—LUIS, Sr. Díaz de Mendoza y Guerrero (J.).—TOLÍN,
Sr. Díaz de Mendoza y Guerrero (C.).—JUAN; Sr. Capilla.—VARIOS CRIADOS.

ACTO UNICO

Suntuoso salón en casa de los Sres. De Arbolilla. Una puerta en cada lateral. La acción en Madrid. Es de día. Epoca actual.

Los Sres. De Arbolilla, «parvenus» de la más baja extracción creen que la elegancia y el buen gusto consisten en tener en la casa muchísimos muebles. La sala, pues, dará la sensación de una exposición de muebles, tapices, cuadros, relojes, aparatos de luz y objetos de arte. — Porque habrá de todo en una cantidad abrumadora: una cosa así como de pesadilla. — Un par de estrados de distintas hechuras y tamaños, uno a la derecha y otro a la izquierda. En el foro, perfectamente alineados, una de mesas, sillas y vitrinas que se morderán de verse juntas. En el centro tres o cuatro mesas, las que quepan, con sillas volantes y sillones de todas las épocas. Sobre cada mesa un reloj, un aparato de luz y muchos cacharros. Sobre las vitrinas, estatuillas, figurinas y aparatos de luz. En las paredes, muchos cuadros; en un testero, un tapiz, y sobre el tapiz cuadros también. En un sitio bien visible un gran calendario. Dentro de las vitrinas, todas las chucherías del buen gusto y del mal gusto moderno. Ni que decir tiene que habrá muebles antiguos y magníficos al lado de verdaderas birrias modernistas.

(Al levantarse el telón están en escena Agueda, Eulogia y Juan. Agueda es una señora de cincuenta años, que viste muy bien, pero que es más cursi que un verano en El Escorial. Pronuncia muy bien, porque ha sido maestra de escuela, y habla un poco afectadamente, porque tiene un puñado de millones, y eso suele afectar. Eulogia y Juan son dos criados.)

AGUEDA.—Esto no es limpiar, Eulogia. Yo quiero mi casa como un ascua. Claro que tengo muchos muebles; puedo tenerlos, y los tengo; pero también tengo los fámulos y las fámulas por medias docenas, y lo quiero todo brillante y pulido. En mi casa se han podido siempre comer migas, no sólo en los «parquets», sino en las más intrincadas cornucopias. Eso de que yo pose mi índice sobre un jaspe o sobre un Sèvres y quede sobre el Sèvres mi huella dactilográfica, no y no. Que no lo tenga que volver a repetir. *(Se va muy estirada por la derecha.)*

JUAN.—*(Viéndola ir)* Es cursi hasta tomando baños de sol.

EULOGIA.—Pero ¿tú has oído? ¡Vamos, hombre!

JUAN.—Pero ¿que vas tú a esperar de una señora que hace ocho años era maestra de escuela de un pueblo de 800 vecinos y 10 carabineros?

EULOGIA.—La de veces que habrá «quitao» el polvo de las mesas con las mangas.

JUAN.—¡Figúrate! ¡Como que hay por ahí cada millonario!... Éstos, ya te digo, ella era maestra elemental y él oficial de confitería; sólo que un pariente les había dejado una mina que no la quería nadie porque parecía de carbón y era de adoquines embetunados. Estalló la guerra, explotaron la mina, y como lo que sacaban de ella era negro se lo compraron como carbón las fábricas de gas; y ahí los tienes, en ocho años 30 millones de pesetas.

EULOGIA.—Y media España a oscuras. ¡Mira que treinta millones con esa pinta!

JUAN.—Mujer, ya sabes el refrán, aunque la mona se vista de seda... enseña el rabo. Los muy «cursiles» se creen que la elegancia consiste en tener muchos muebles. Ya ves como tienen esto.

EULOGIA.—Esto y todo. En el recibimiento cuatro faroles y seis percheros. En las camas cinco colchones, que van a tener que venir los bomberos «pa» poner las colchas; y en el billar, en vez de poner una mesa han puesto tres, y como no caben las han arrimao a la pared, y no se puede jugar más que por una banda.

JUAN.—¡Valiente gente!

EULOGIA.—Al único que se puede tratar es al señorito Tolín; porque lo que toca a D. Patricio... D. Patricio es más tonto que la señora, que ya es decir.

JUAN.—*(Riendo.)* ¿No te has enterao tú de lo del baile?

EULOGIA.—¿Qué es lo del baile?

JUAN.—Mujer, si es lo más grande que se ha visto. Nada, que leyó en el periódico que el baile que organiza la de Segorbe iba a estar muy bien, porque estaba invitada toda la grandeza y todos los patricios de Madrid; ya tú te haces cargo.

EULOGIA.—Claro.

JUAN.—Pues como él se llama Patricio y no había recibido invitación me mandó a mí a casa de la de Segorbe para que reclamara. Excuso decirte la juerga que se armó en la casa. ¡Anda! Como que me recibió la señora y todo, y cuando yo le expliqué qué clase de tipo era

este D. Patricio, dijo: «Pues yo tengo que conocer a ese hombre», y lo ha invitado.

EULOGIA.—(Mirando hacia la izquierda.) Cállate que ahí viene.

JUAN.—¡Atíza!

PATRICIO.—(Por la izquierda. Tiene cincuenta años y es... un oficial de confitería con treinta millones de pesetas. ¿Para qué decir más?) Juan.

JUAN.—Señor.

PATRICIO.—Toma. (Le da el sombrero y el bastón. Toma. (Le da el abrigo.) «Ulogia», diga a la señora que la aguardo en este salón. (Eulogia se inclina y se va por la derecha.) Juan...

JUAN.—Señor.

PATRICIO.—(Presentándole ambas manos, con los guantes a medio sacar.) Tira. (Juan, de dos tirones, le saca los guantes.) Retírate: el señor desea estar solo. (Juan se va por la izquierda.) ¡Da gusto vivir así! ¿Qué te falta, Patricio? ¡Nada! (Sentándose y respirando satisfecho.) ¡Ah!...

AGUEDA.—(Por la derecha.) ¿Tan pronto de vuelta?

PATRICIO.—Sí. He visto por fuera la casa de la Segorbe. Es un hermoso palacio. Estuve hablando con el portero. Es muy amable. Le dije que estaba invitado al baile de esta noche, y, figúrate, me hizo una de saludos que le crujían las vértebras. Además le di cinco duros... Me dijo que si la invitación no decía «y señora» era señal de que no estabas tú invitada.

AGUEDA.—Ya te decía yo, Patricio.

PATRICIO.—Sí. ¡Ah! ¿Has leído el ABC?

AGUEDA.—No; como tú no quieres comprar más periódicos que los que valen diez céntimos...

PATRICIO.—Claro, mujer; compras uno de cinco céntimos y puede pensar la gente que lo haces por economía...

AGUEDA.—Con comprar dos números en vez de uno...

PATRICIO.—Sí; es una solución. Desde mañana que traigan dos ABC.

AGUEDA.—¿Y dice algo el de hoy que me interese?

PATRICIO.—Sí, el cronista de sociedad, ese señor que firma Gil de Escalope.

AGUEDA.—De Escalante.

PATRICIO.—Justo. Al describir la fiesta de anoche te cita.

AGUEDA.—¿Cómo que me cita?

PATRICIO.—Que te menciona.

AGUEDA.—¡Oh!

PATRICIO.—Dice: «La señora de Arbolilla de oro y azul y abenico verde».

AGUEDA.—¡Qué amable! Ya vamos entrando, Patricio, ya vamos entrando. Nuestro Tolín entró ya. Un joven que cuenta los billetes de Banco por kilogramos tiene siempre abiertas todas las puertas; pero nosotros vamos entrando, vamos entrando.

JUAN.—(Por la izquierda.) ¿Señora?

AGUEDA.—¿Qué, Juan?

JUAN.—La señora y señoritas del Castillo que desean verla.

AGUEDA.—¿Eh? ¿Del Castillo? ¿Será Nicolasa? ¿Que pasen!

JUAN.—¿Anuncio en francés o en castellano?

AGUEDA.—En francés, Juan, en francés. (Vase Juan por la izquierda.) Tiene que ser Nicolasa, porque yo no conozco a otras Castillo... Si es Nicolasa, nos vamos a reír, porque como se ha enriquecido de súbito, conserva aún el pelo de la dehesa... Es muy «parvenú».

PATRICIO.—Parvenusísima.

JUAN.—(Anunciando.) Madame et mademoiselles du Château.

NICOLASA.—(Con Bertita e Higinita, por la izquierda.) ¡Caray!... ¿Es chufía? (Vase Juan.)

AGUEDA.—¡Nicolasa!... ¡Saludos. Nicolasa es una mujer de cuarenta años, guapísima. Higinia y Berta, sus hijas, son dos tobilleras de esas que trastornan. Las tres visten con arreglo al último figurín. Nicolasa es algo ordinaria. Hace diez años tenía un estanco con

administración de loterías en Santander, y ahora tienen cien mil duros de renta.) ¡Vivan las navieras! ¡Mujer! ¿Pero tú en Madrid?... ¿Estas son tus hijas? ¡Qué espigaditas!...

PATRICIO.—Y guapisimas, guapisimas, como la madre.

NICOLASA.—¿Quiere usted caillar, D. Patricio?

AGUEDA.—Siéntate, mujer. (A las chicas.) Y vosotras.

BERTA.—(Sentándose.) Mercí.

HIGINITA.—(Idem.) Sankiu.

PATRICIO.—(Admirado.) ¡Oh!...

AGUEDA.—¿Qué es eso? ¿Bilingüeán?

NICOLASA.—Sí; están en el furor del Berlitz. Yo no las entiendo, pero el sankius y sangüis están a la orden del día. Cosas de la edad. Tú estás más gruesa.

AGUEDA.—Sí, sí; me voy encarnazando. Ya ves, yo que era antes un catite.

NICOLASA.—Pues yo más gruesa, no; pero el pelo, fija-te, hija mía; mira qué birría.

AGUEDA.—¿Cómo? ¿Cananea?

NICOLASA.—¡Y tan cananea! Y que no me lo tiño! ¿Para qué? Escucha, ¿y tú hijo?

AGUEDA.—¡Tolín! No sé; no ha comido en casa. Se lo rifan los amigos. Sobre todo el Marquesito de Nevell no le deja ni a sol ni a sombra.

NICOLASA.—Ya sé, ya sé que va a todas partes. Hija ¡qué suertel!

AGUEDA.—Nosotros tampoco nos podemos quejar; vamos entrando.

PATRICIO.—Yo voy esta noche al baile de la de Segorbe. Frac, corbata blanca...

NICOLASA.—¡Oh! Que sea enhorabuena.

PATRICIO.—Vamos todos los Patricios.

NICOLASA.—¡Ay, si yo pudiera vivir en Madrid! Pero a mí «Usebio» no hay quien lo arranque de allá. Tiene allí su peña y juegan y se distraen...

PATRICIO.—¿Eh? ¿Juegan?

NICOLASA.—No a lo prohibido; juegan al mús, al tute, a la brisca...

PATRICIO.—¡Ah! Vamos, juegos de sociedad; eso es otra cosa...

AGUEDA.—Lo que se dice juegos bien.

NICOLASA.—Estas pobres hijas más se desesperan en el pueblo. Claro, vienen a la corte, se hacen ropa, se gastan miles y miles, y como allí, sólo para ir a misa de doce, se viste un poco la gente...

AGUEDA.—¡Las pobres! (A las niñas.) Qué, ¿os gustaría vivir en Madrid? ¿Eh?

BERTA.—Oui, oui.

HIGINITA.—Yes, lady.

PATRICIO.—Pero, qué bien pronuncia. ¿Quiéren ustedes que llame a Juan el criado, que es archi-lingüe, para que charlen un ratito?

AGUEDA.—¡Por Dios, Patricio! ¡Qué ocurrencial! ¡Departir ellas con un servilista...! ¿Y se hospedan ustedes en el Palace?

NICOLASA.—En el Ritz: hemos ido a él porque dicen que es más caro. Tenemos cada una una *chambre*, con una *chambrecita de bain*... De baño. Ustedes tienen la casa preciosa.

AGUEDA.—Sencillita, sencillita.

PATRICIO.—Lo indispensable. Como esto no es más que un apeadero...

AGUEDA.—Ya me han dicho, que tú allá te has instalado muy bien.

NICOLASA.—Sí; pianos nada más tenemos siete.

AGUEDA.—¿Eh? ¿Es nuestro unigénito?

PATRICIO.—Sí; Tolín es.

TOLÍN.—(Entrando en escena como una tromba.) ¿Dónde están? ¡Ah! ¡Mamá!... (Viendo a Nicolasa.) ¿Eh? (Se pone el monoculo.) ¡Oh! ¿Cómo va?

NICOLASA.—Bien, ¿y tú?

TOLÍN.—¿Y su esposo, cómo va?

NICOLASA.—Bien, muy bien. (Presentándole a Berta e Higinia.) Mis hijas.

TOLÍN.—(Alargándole a cada una una mano.) ¿Cómo va? ¿Cómo va?...

(Las dos le contestan al mismo tiempo, una en francés y otra en inglés. Si las actrices no tienen seguridad en lo que han de contestar, que no digan nada.)
Perdonadme, pero vengo un poco nervioso.

AGUEDA.—¿Eh?

PATRICIO.—¿Qué te sucede?

TOLÍN.—Lo más agradable que podía sucederos a todos. La excelentísima señora Marquesa de Nevel, va a venir esta tarde a tomar con nosotros una taza de té.

AGUEDA.—*(Levantándose temblorosa de entusiasmo.)*
¡Tolín!... ¡Hijo mío!...

PATRICIO.—¿Es de veras?

TOLÍN.—Dentro de una hora estará aquí.

AGUEDA.—¡Dios mío!... ¡La Nevel en mi casa!...

PATRICIO.—*(A Nicolasa.)* Es la primera dama española, Nicolasa. Una familia de una ranciedad, que no diré yo que apeste, pero que se huele a cien leguas.

NICOLASA.—Mi más cordial.

AGUEDA.—Pero, dime Tolín. ¿Cómo ha sido?...

TOLÍN.—De la manera más sencilla. Ustedes saben que los albaceas de la Duquesa de Neurelón han tenido que desalojar el palacio...

AGUEDA.—Sí.

TOLÍN.—Bueno, pues han traído a esta casa y al piso de aquí encima, los muebles del palacio ducal para hacer con ellos almoneda.

PATRICIO.—Sí, hombre, sí. Ayer fué el primer día. Nosotros estuvimos y tu madre compró ese óleo, que, según el catálogo, es de un tal Madrazo. *(Se refiere a un retrato que habrá colgado en sitio muy visible y que representa un señor mal encarado con gran bigote y gran perilla.)* Lo hemos colgado ahí, porque para ese sitio, venía de perilla.



AGUEDA.—*(A Patricio.)* Calla, calla: deja hablar a Tolín.

TOLÍN.—Pues nada que me dijo la Marquesa que a eso de las cinco iba a venir a la almoneda con su hijo Luis y yo le dije entonces «ningún trabajo les cuesta a ustedes entrar en casa al marcharse y tomar con nosotros una taza de té. Mis padres tendrán la mayor de las satisfacciones»... y dijeron que encantados. De manera que van a venir.

PATRICIO.—¡Y vienen: vienen; esa gente es gente de palabra!

AGUEDA.—¡Qué talento tienes, hijo mío!

TOLÍN.—Bien, bien; pues no hay tiempo que perder, porque son ya las cinco menos cuarto. Disponedlo todo para el té. Yo voy a llegarme en un salto a comprar unas camelias, que son las flores favoritas de la Nevel. ¡Por Dios, que no falte ningún detalle; la Marquesa no pasa por movimiento mal hecho! *(Medio mutis.)* ¡Ah! Que no falten «meffins» ni «baignet», que es lo único que merienda Luisito. ¡Cuidado por Dios!... *(Se va por la izquierda sin despedirse de nadie.)*

AGUEDA.—Vete tranquilo que no escatimaremos nada. Patricio, avisa por teléfono a Lardy a Fredy y a Turnié y que traigan... eso que ha dicho Tolín y los demás empapantes que tú estimes pertinentes.

PATRICIO.—Ahora mismo.

AGUEDA.—¡Ah! Y enlevitate. *(Hace sonar un timbre.)*

PATRICIO.—Ya estoy en ello, Agueda. ¡Oh! El pisto que me voy a dar esta noche en el baile de la Segorbe, diciéndole a todo el mundo: «La Nevel que ha estado en casa con su hijo»... «Sí; esta tarde al visitarnos la Nevel... *(Haciendo mutis por la derecha.)* Vamos entrando. Vamos entrando. *(Vase.)*

NICOLASA.—*(Aparte a sus hijas.)* ¡Qué cursilescos, hijas mías!

BERTA. — Ya, ya.

HIGINIA. — Yes, yes.

AGUEDA. — (A Juan que entra en escena por la izquierda.) Juan.

JUAN. — Madame.

AGUEDA. — La excelentísima señora Marquesa de Nevel y su también excelente hijo van a venir dentro de un rato a tomar una taza de té con nosotros. Diga a todos los criados que se vistan; que se pongan casacas distintas, para romper la monotonía, que abran la puerta de par en par, que enciendan todos los faroles porque el recibimiento es algo penumbroso, y que, en perfecta alineación, aguarden la llegada de los egregios. Se hará en seguida, ¿verdad?

JUAN. — *Ipsa facto.*

AGUEDA. — No me hable ahora en francés. Traduzca.

JUAN. — He querido decir a la señora, que como las bailar. (Se va por la izquierda.)

AGUEDA. — Estoy nerviosa, muy nerviosa. Sacaré el juego grande de plata... Me pondré las perlas y los ópalos...

PATRICIO. — (Dentro, llamando.) ¡Agueda!... ¡Agueda!...

AGUEDA. — Voy. Dios quiera que no se me olvide nada... (Se va por la derecha.)

NICOLASA. — Con la boca abierta, a Berta. ¡Caray, tñ! Pero habéis visto esto? ¡Nos ha fastidiado!

BERTA. — *Mon Dieu, mere.*

NICOLASA. — Mira, niña, a mí me hablas en castellano o te doy un revés que te chafo las cocas. ¡Vaya con la Nevell! ¡Jesús, hija, con la Nevell! ¡Nos ha fastidiado la Nevell! ¿Qué es eso de dejarme aquí sola?... ¡Si yo fuera una ordinaria la esperaría y la diría cuatro frescas, pero aun hay clases, vámonos.

HIGINIA. — Yes.

BERTA. — Allons.

NICOLASA. — (Fijándose en una de las mesas.) Más vale que limpiaran el polvo; que mira como está esta mesa. No, pues yo no me voy de vacío. (Escribiendo con el dedo en la mesa) Repuerca... ¡Ahí queda eso! (Despectivamente.) ¡Y presume porque tiene cuatro sillas! ¡Ya quisiera ella! Tengo yo salones, así de llenitos, que la gente tiene que andar por encima de los sofases. ¡Pua! (Se va con sus hijas por la izquierda.)

AGUEDA. — (Por la derecha, muy nerviosa y muy aturdida) Las llaves. ¿Dónde he puesto yo las llaves?... (Buscando.) ¿Se ha ido Nicolasa? ¡Mejor! Pero dónde están las llaves?... (Sigue buscando.)

PATRICIO. — (Por la derecha, en mangas de camisa y cepillando una levita.) Agueda, pregunta Ulogia, si el té lo vamos a tomar aquí o en el comedor

AGUEDA. — Aquí, hombre, aquí. Pero ¿y mis llaves dónde estarán?

PATRICIO. — Mujer, si las tienes puestas en uno de los armarios.

AGUEDA. — ¿En el de ébano?

PATRICIO. — No, en el de las once lunas.

AGUEDA. — ¡Ah! Es verdad. (Se va por la derecha corriendo.)

PATRICIO. — (Poniéndose la levita y dejando el cepillo sobre una de las mesas) Los criados se están vistiendo y no tengo quien me ayude... Muy bien. Aunque no fumo encenderé un Partagas, de los grandes. No quiero que crean que no fumo por escatimar. (Haciendo reverencias como si saludara a alguien.) ¿Marquesa?... ¿Señora?... (Yéndose muy satisfecho por la derecha.) Vamos entrando, vamos entrando. (Mutis.)

(Queda un momento la escena vacía. Por la izquierda entran la Marquesa y Luis. Son el prototipo de la elegancia. Luis es muy joven.)

LUIS. — Es extraño; tampoco aquí hay nadie.

MARQUESA. — Sigue está la almoneda bien atendida. La puerta de par en par y ni un criado, ni una persona que vigile... Y me dijeron los albaceas que habían puesto al frente de esto a personas de toda su confianza. Sí, sí...

LUIS. — Escucha, madre, ¿pero será esto la almoneda? ¿No nos habremos colado en alguna casa particular?

MARQUESA. — ¡Por Dios, Luis! ¿Estás en habia? ¿Crees tú que puede haber nadie, por particular que sea, que tenga en su casa tantísimos chirimbolos y colocados de esta manera? Fíjate en cómo está este salón y en ese otro de al lado; hay tres mesas de billar, que no caben y una de tacos, que yo no he visto más tacos en mi vida.

LUIS. — Es que ya tú sabes, que a mí lo que más me horroriza en este mundo es una plancha, y como no tengo costumbre de visitar almonedas...

MARQUESA. — Pues esta es de las clásicas. (Fijándose en el retrato del gachó de la perilla.) ¡Ah! Mira: convéncete. Ahí tienes el retrato del bisabuelo de la Duquesa. Ese retrato lo tenía ella en su gabinete: es de Madrazo

LUIS. — Ese fué el primer Duque, ¿no?

MARQUESA. — No; el primer Duque fué el abuelo. Ese era un don Ernesto Olmo; el que hizo la fortuna. ¡Oh! Pero está muy mal colocado; tiene tan mala luz que no parece el mismo. Si lo pusieran aquí en este lado. (Fijándose en el tapiz.) ¡Dios mío! ¿Pero serán brutos? ¿Pues no han clavado un clavo en el tapiz para colgar ese mamarracho de cuadro y ese almanaque?... ¡Había para pegarles!

LUIS. — Mamá, no empieces, que te temo.

MARQUESA. — Pero hombre, si es que me repudre la sangre. ¡Mira que taladrar un tapiz!...

LUIS. — ¿Y a ti que más te da? ¿Vas tú a comprarlo?

MARQUESA. — No, pero eso es una barbaridad y a quien lo haya hecho tengo que llamarle bruto. Y le llamo bruto. ¡Ya lo creo!

LUIS. — Bueno; hazme el favor ¿eh? Vienes conmigo y ya sabes que no me gustan esas cosas. Ni protestes si algo te desagrada, ni te rías si ves algo que te divierta.

MARQUESA. — ¡Hombre!...

LUIS. — Mira, y si te ríes, ríete francamente, a carcajadas, pero no contengas la risa ni empieces con ese hipo tan raro que te da, porque me matas. (Ríe la Marquesa.) No quiero acordarme del ratito que me hiciste pasar ayer.

MARQUESA. — ¿Ayer? ¿Dónde y cuándo?

LUIS. — Cuando ese amigo mío, Tolin Arbolilla, el que nos ha convidado esta tarde a tomar el té en su casa, nos contaba que su padre cuando viaja, para comer en el vagón restaurant se pone el frac. (Ríe la Marquesa.) Empezaste con el hijo y menos mal que yo hice creer al muchacho que aquello no era risa, sino que te ponías así de vez en cuando porque padecías insuficiencia cardíaca.

MARQUESA. — No sabes los deseos que tengo de conocer a esa familia. Viven aquí en esta casa ¿no?

LUIS. — En el piso de más abajo.

MARQUESA. — Me figuro que van a ser unos parvenus graciosísimos y creo que me voy a reír un disparate.

LUIS. — ¡Por Dios, madre, que me echo a temblar!

MARQUESA. — Bueno, vamos a ver todas las chucherías que hay por aquí. (Se ponen a curiosar.)

AGUEDA. — (Por la derecha, con Patricio. Trae una de alhajas y de avaloros que mete miedo.) ¿Eh?

PATRICIO. — ¿Es ella?

AGUEDA. — Sí. (Tose). Muy buenas tardes...

MARQUESA. — (Volviéndose para mirarla). Buenas tardes... ¡Pua! (Resopla de risa y se contiene.)

LUIS. — Buenas tardes... (Aparte a la Marquesa.)

¡Mamá, por Dios!

PATRICIO. — (Rendidísimo). Señora Marquesa... Señor Marqués...

MARQUESA. — ¡Ah! ¿Nos conocen ustedes?...

AGUEDA. — Quien no conoce en Madrid a personas tan alcurniosas...

MARQUESA. — ¡Oh!... (Va a reír, se contiene y lanza un grito gutural como si estimulase a un caballo de carrera.) ¡Jop!...

LUIS. — (Cogiéndola por un brazo). ¡Mamá!... (Disimulando). Pues aquí estamos viendo todas estas preciosidades...

PATRICIO. — (Fumando su largo cigarro). ¡Oh!...

AGUEDA. — Entonces no les digo que se sienten...

MARQUESA. — No, no; nada de sentarse. Quiero verlo

todo, absolutamente todo. A mí me gusta curiosearlo todo.

AGUEDA.—(Afectando cierta modestia). Hay algunas cosas buenas...

MARQUESA.—Sí, pero están colocadas con tan mal gusto... Es una colocación deplorable.

LUIS.—(Quitando hierro). ¡Bah! Después de todo...

MARQUESA.—Nada, lo que es verdad hay que decirlo: no lucen las cosas lo que deben lucir.

AGUEDA.—Sí; tiene usted razón...



MARQUESA.—Se ve que no tienen ustedes idea de nada de esto. (Agueda y Patricio se miran).

LUIS.—A ellos que más les da ¿verdad?

AGUEDA.—¡Claro!...

MARQUESA.—Además, no tienen ustedes esto nada limpio.

LUIS.—(¡Atíza!)

AGUEDA.—(¡Dios mío!) (Patricio al fumar se azora).

MARQUESA.—Se puede escribir con un dedo en los muebles. ¡Anda! Y en esta mesa ya han escrito.

AGUEDA.—¿Eh?

PATRICIO.—¿Cómo?

MARQUESA.—Léalo usted. (Mostrándole el letrero que dejó Nicolasa).

AGUEDA.—(Leyendo.) Re... puer... ca. (¡Jesús!)

PATRICIO.—Alguna que ha dejado sobre esa mesa su tarjeta.

MARQUESA.—(Riendo). Hombre, eso ha estado bien.

LUIS.—(Dándole palmaditas a Patricio). Muy ocu-
rente, amigo, muy ocuyente.

PATRICIO.—Muchísimas gracias.

LUIS.—(Aparte a la Marquesa). (¡Mamá, por Dios santo!)

MARQUESA.—(A Agueda). ¿Ve usted? Si es que hay cosas que se muerden. ¿Por qué han puesto ustedes al lado de este sitial, que es bastante bonito, esta silla inglesa?

AGUEDA.—Es que la silla no es inglesa, señora.

MARQUESA.—¿Que no es inglesa?

AGUEDA.—No señora: es de Lombardía: yo misma la he visto fabricar.

MARQUESA.—(Como antes). ¡¡Jop!!

LUIS.—(Tercianando). El sitial es lindísimo: es del Renacimiento, ¿no?

AGUEDA.—No; de ahí no tenemos nada. Este es de Herráiz y Compañía.

MARQUESA.—(Como antes). ¡¡Jop!!

LUIS.—(¡Válgame Dios!) (Fijándose en una mesita pequeña). Madre: mira ¿no era una mesita así la que tú buscabas para el saloncito?

MARQUESA.—(Acercándose.) ¿A ver?... Sí...

LUIS.—(Aparte a su madre). ¡Formalidad, por Dios!

MARQUESA.—(Casi ahogada). Si es que son dos tipos...

LUIS.—Vamos, vamos...

MARQUESA.—(A Patricio.) Este mueble es barroco, ¿no?

PATRICIO.—No, señora; es madera. (La Marquesa se aleja)

por un lado, Luis por otro y queda Patricio tumando graciosamente.)

LUIS.—Pues... pues esa mesita la... la queremos nosotros.

PATRICIO.—¡Oh!

AGUEDA.—¡No tuviera más que ver!

MARQUESA.—Debían tener todas las cosas un cartoncito con su precio, como es costumbre.

AGUEDA.—¡Ah! ¿Pero es costumbre?...

MARQUESA.—Claro; en todas partes se hace así.

PATRICIO.—Pues los pondremos, los pondremos.

LUIS.—Así podríamos saber lo que vale esa mesita.

PATRICIO.—¡Bah! Eso es lo de menos.

AGUEDA.—¡Por Dios!

LUIS.—No; no es lo de menos, porque siempre le gusta a uno saber el precio de las cosas que elige...

AGUEDA.—Si es por eso... ¿De qué precio es esta mesita, recuerdas tú?

PATRICIO.—Creo que de unas mil pesetas...

MARQUESA.—¡Jesús!

AGUEDA.—¿Eh?

MARQUESA.—¿Están ustedes locos? ¡Ni trescientas!

PATRICIO.—Le aseguro a usted...

MARQUESA.—Nada hombre, ni trescientas. ¿Qué me va usted a decir a mí de estas cosas? ¡Mil pesetas! ¡Qué disparates por Dios!... Usted no está bueno de la cabeza.

PATRICIO.—Yo le aseguro a usted, señora Marquesa...

MARQUESA.—Nada, nada; a mí no me engaña usted.

PATRICIO.—Le doy mi palabra...

MARQUESA.—No se canse porque como la mesa no vale nada, no la quiero.

LUIS.—Sí; mi madre querrá llevarse alguna cosa mejor...

AGUEDA.—(¡Qué frescura!)

PATRICIO.—Nada, pues que elija el mueble que más le guste...

MARQUESA.—¡Claro! En eso estoy.

LUIS.—Mira; aquí en esta vitrina hay cosas que están muy bien.

MARQUESA.—Será en esa, porque en esta otra no hay más que birrias, (*Patricio y Agueda se miran.*) Un trozo de alcatifa, cuatro chucherías de al todo sesenta y cinco y unas zapatillas de terciopelo bordadas en oro, que hay que ser cursi para poner las zapatillas en una vitrina. (*Agueda baja los ojos sonrojada.*)

PATRICIO.—(Dándole un codazo a Agueda) Eso va por tí.

MARQUESA.—Por supuesto que no se como me extraña lo de las zapatillas porque después de haber visto lo que han hecho con ese tapiz, no debía extrañarme de nada.

PATRICIO.—¿Eh?

MARQUESA.—Hay que ser brutos para poner cuadros encima de un tapiz.

PATRICIO.—Es que si se ponen debajo no se ven.

MARQUESA.—(Riendo como antes.) ¡Jop!!

LUIS.—(Nos van a echar de la almoneda.) Ven, ven a ver esto... (*A la Marquesa que se acerca.*) Ten cuidado porque yo creo que nos van a echar.

MARQUESA.—Estoy divertidísima.

LUIS.—(Disimulando) Mira; fijate en este códice: parece de Carlo Magno.

MARQUESA.—Sí... (*Examinándolo.*) Oigan ¿es de Carlo Magno?

AGUEDA.—(Un poco molesta.) Es de mi esposo.

MARQUESA.—(Riendo.) ¡Jop!...

LUIS.—(A su madre, en voz baja.) Mamá, vámonos.

MARQUESA.—¡Jop!...

PATRICIO.—(Algo escamado.) ¡Agueda!

LUIS.—(Como antes, un poco apurado.) Disimula, por Dios... Hombre, mira que cruz tan bonita: parece merovingia... (*A Patricio.*) ¿La tienen ustedes por merovingia?

PATRICIO.—La tenemos por mero capricho.

MARQUESA.—¡Jop!... ¡Jop!...

LUIS.—Bueno, vámonos. Yo... estoy un poco cansado.

MARQUESA.—Pues siéntate; yo... ¡Jop!... Yo voy a seguir curioseando por aquí... (*Haciendo mutis por la derecha, ahogada de risa.*) ¡Jop!... (*Vase.*) (*Luis se sienta.*)

AGUEDA.—(Aterrada.) ¡Patricio!...

PATRICIO.—(Idem.) ¡Se ha colado en tu alcoba!...

AGUEDA.—¡Y está sin arreglar!...

PATRICIO.—¿Qué hacemos?

AGUEDA.—No sé, Patricio; creo que no debemos dejarla sola.

PATRICIO.—Pues anda; ve con ella. Yo me quedaré con el marquesito...

AGUEDA.—¡Quia! Yo sola con ella de ningún modo. Es una señora que me aturde y casi me coarta. Ven conmigo.

PATRICIO.—(A Luis.) Con el permiso de usted, vamos a...

LUIS.—Sí, sí; vayan ustedes; yo estoy aquí muy distraído.

AGUEDA.—Gracias. Anda.

PATRICIO.—Vamos. (*Haciendo mutis con Agueda por la derecha.*) Esto de haberse colado... Será una gran dama, pero es de una frescura acatarrante. (*Mutis.*)

LUIS.—Bueno, mi señora madre me está dando una tardecita, que ya ya. Menos mal que ahora no se la oye reír.

MARQUESA.—(Dentro.) ¡Jop!

LUIS.—¡Arrea! Y lo peor es que con todas estas risas va a terminar poniéndose nerviosa y cuando ella se pone nerviosa soy yo el que carga con las consecuencias. No; yo no la llevo a casa de Tolín. Si ve algo que le choque me va a poner en un compromiso y a mí planchas, no. Yo prefiero un cataclismo a una plancha.

MARQUESA.—(Por la derecha, nerviosísima, descompuesta, entra apurada y divertida.) ¡Ay Luis de mi alma! ¡Qué apuro!

LUIS.—(Asustado.) ¿Eh? ¡Qué!...

MARQUESA.—¡Qué nos hemos equivocado! Que esta casa no es la almoneda. ¡Yo creo que es la casa de tu amigo Tolín! ¡Ay que apuro!

LUIS.—¡Abrete tierra!... ¡Huyamos!

MARQUESA.—¡Ayúdame! ¡No puedo!... ¡Ay qué plancha!... ¡Jop!

LUIS.—(Pretendiendo levantarla.) ¡Vámonos!

TOLÍN.—(Entrando por la izquierda, con un ramo de camelias.) ¡Ah! ¿Pero qué hacen ustedes aquí?

MARQUESA.—(De una pieza.) ¿Eh?

TOLÍN.—Yo les suponía a ustedes arriba. Subí, pregunté y me dijeron que aún no habían hecho ustedes la visita anunciada.

LUIS.—(Viendo el cielo abierto.) ¡Ah! ¿Pero tú... es arriba donde?...

TOLÍN.—Sí; anuncié vuestra visita y les aguardan con verdadera impaciencia.

LUIS.—(Abrazándole.) ¡Ay, Tolín!

TOLÍN.—Al no verles a ustedes arriba supuse que estarían ustedes aquí...

LUIS.—¡Ay Tolín!... Me estás dando la vida; porque chico nos hemos llevado un susto...

TOLÍN.—¿Eh?

LUIS.—(Aparte a su madre.) ¿Ves cómo ésta es la almoneda? Vamos, tranquilidad; estás nerviosísima.

MARQUESA.—¡Jesús, Jesús!

TOLÍN.—¿Qué le pasa a la Marquesa?

LUIS.—Sus cosas. Que nos hemos reído de lo que no tienes idea. (*Rie.*) Verás: nos han salido dos tíos que, chico; no te exagero; de película porque (*Rie*)... que te cuente mi madre.

MARQUESA.—Verá usted; dos tipos que...

TOLÍN.—(Viendo a Patricio y a Agueda, que entran en escena por la derecha.) ¡Mamá!... ¿Has visto quien está aquí?...

MARQUESA.—(Estomacalmente.) (¡¡¡Ah!!! ¡¡Su madre!!)

LUIS.—(Apoyándose en un mueble para no caerse.) ¡Para cuando guarda Dios las muertes repentinas!

AGUEDA.—(Muy seria.) Ya he tenido el gusto...

MARQUESA.—(Levantándose muy nerviosa.) Presénteme. Tolín: ya usted sabe que yo sigo la costumbre inglesa... ¡Soy muy inglesa! ¡Inglésísima! Yo sin estar presentada no... Porque antes he tenido el gusto de verle, pero... Sí; soy muy inglesa.

LUIS.—(Aterrado.) (¡Se ha puesto nerviosa!)

TOLÍN.—(Presentando.) Mis padres... La Marquesa de Nevel; su hijo Luis.

MARQUESA.—(Nerviosísima y efusivísima.) ¡Señora!... ¡Oh!... (*La da una mano, la abraza y la besa.*) ¡Cuántísimo gusto!... (*A Patricio.*) Tengo un verdadero placer... (*Muy alocada.*) ¡Oh! Esto está lindísimo... ¡Lindísimo!... ¡Oh!

LUIS.—(¡Se desbocó!)

MARQUESA.—Porque desde allí no... ¡no! Desde allí no... Pero desde aquí... ¡Oh! Desde aquí es una vista

¿eh?... (Por la mesa de antes.) Esta mesa tiene mucho mérito. ¡Mucho! Es mesa de más de mil pesetas. ¡Mucho más!... ¡Sil!... ¡Ah! (A Tolín en medio del asombro de todos.) Pues como te decía Tolín: dos tipos de película. Que al salir nosotros de casa, pues dos hombres que... que... ¡Eso es! Se nos acercan y... (Riendo, loca del todo.) ¡Jop!... ¡Jop!... (Se deja caer en una silla.)

Luis.—(Acudiendo a ella.) ¡Mamá! (Voy a cargar con las consecuencias.)

TOLÍN.—(Aparte a Patricio y Agueda, mirando a la Marquesa con verdadera lástima.) La pobre padece de insuficiencia cardíaca. Todo eso es de la insuficiencia.

PATRICIO.—Sí: se ve que no está en caja.

AGUEDA.—Ya lo habíamos notado.

TOLÍN.—(Muy complaciente.) Ustedes tomarán con nosotros una taza de té...

Luis.—Con muchísimo gusto.

AGUEDA.—¡Oh!... (Dirigiéndose a un pulsador que habrá en cualquier parte.) ¡Pobre Marquesa!... No está buena, no!

MARQUESA.—Hace muy bien aquel cuadro encima del tapiz...

TOLÍN.—Sí: ha sido idea de papá.

MARQUESA.—Pues he de hacer en casa lo mismo. Si... ¡Jop!

Luis.—(Aparte a la Marquesa, muy apurado.) No lo arregles que es peor.

PATRICIO.—(A Eulogia que entra en escena por la izquierda; muy solemnemente.) Ulogia, el té.

AGUEDA.—El té y el pasteleo. (Vase Eulogia.)

MARQUESA.—¡Jop! (Aparte a Luis.) (Pellizcame a ver si me calmo).

Luis.—(Tirándole un pellizco.) ¡Por Dios... No hables más.

MARQUESA.—(A Luis, más nerviosa y más apurada que nunca.) Lo de las zapatillas hay que arreglarlo.

Luis.—¡No!

MARQUESA.—Sí: en eso de las zapatillas he metido la pata.

Luis.—Que te calles.

MARQUESA.—(Y la culpa la ha tenido ese maldito retrato). ¡Mira al cuadro del tío de la perilla.)

PATRICIO.—¿Le agrada el óleo?

MARQUESA.—Es un retrato de don Ernesto Olmo ¿no?

PATRICIO.—No señora; es un retrato de Madrazo.

MARQUESA.—¡Jop!... Creí que era de Olmo, pero no, claro... teniendo esa perilla... ¡Jop! ¡Jop!... (Todos la miran con lástima.)

Luis.—Aparte, sudando brea. ¡¡¡Cállate!!!

(Por la izquierda entran en escena, Eulogia, arrasando una mesita en la que hay un lindísimo servicio de té y Juan y otro criado vestido con un casacón muy raro, transportando en una gran bandeja una hermosa tetera con su infiernillo encendido. Dejan ambas cosas y se van.)

MARQUESA.—(¡Dios mío, otra mesa!... ¡Qué pesadilla!)

Luis.—(Bajo a su madre.) Cálmate.

MARQUESA.—¡Qué tetera tan linda!

AGUEDA.—Es de las más modernas y de las más caras. Tienen aquí arriba un pequeño silbato y cuando el agua bulle, la tapa pita.

MARQUESA.—(Casi llorando de nerviosa y de risa.) ¡Ay, ay, ay!... ¡Jop!... ¡Ay!...

(Por la izquierda entran Eulogia y Juan y otro criado conduciendo sobre enormes bandejas ramilletes de guirlacha muchos paquetes envueltos aún en papel blanco y hasta atados con un cordoncito. Dejan las bandejas sobre las mesas, se inclinan y se van.)

Luis.—Pero por Dios, Tolín ¿qué banquete es este?

TOLÍN.—¡Bah!

PATRICIO.—Un refrigerio modestísimo, amigo mío.

AGUEDA.—Sí; aquí somos muy frugales. No damos importancia a la mesa.

(Nuevamente entran los criados por todas las puertas trayendo platos compuestos.)

PATRICIO.—Yo no he de tomar nada. Voy a comer temprano para ir al baile de la Segorbe.

Luis.—¡Ah! ¿Va usted?...

PATRICIO.—Sí: vamos todos los Patricios.

MARQUESA.—(Angustadísima.) ¡(Dios mío)!... ¡¡Jop!! (Los criados vuelven a entrar con nuevas bandejas y repiten lo de antes.)

Luis.—(¡Virgen santa!)

MARQUESA.—(Que ya no puede más.) ¡Ay Dios santo!... ¡Jop!... ¡Ay, Luis!...

Luis.—(Asustado.) ¿Eh?

TOLÍN.—¡¡Marquesa!...

MARQUESA.—¡Ay!... Yo no me encuentro bien. Vámonos. ¡¡Jop!!

Luis.—Sí: Vámonos... Dispensadnos...

AGUEDA.—¡Válgame el cielo!

MARQUESA.—¡Ay!... (Comienza a pitar la tetera y la Marquesa se asusta.) ¡¡Ay!!

PATRICIO.—¿Quiere usted que le traigan un calmante?...

MARQUESA.—(Por los criados que vuelven a entrar con más bandejas.) ¡Que no traigan más nada! ¡Que se calle ese pitil!...

Luis.—¡Vámonos, vámonos!

AGUEDA.—¿Pero se va usted a marchar así, sin recibir un presente nuestro?... ¿Es posible que no le agrade nada de cuanto tenemos aquí?

MARQUESA.—Sí: hay algo que a Luis y a mí nos ha enloquecido.

PATRICIO.—¿Qué señora?

MARQUESA.—Esas zapatillas de la vitrina.

PATRICIO.—¡Oh! (Ofreciéndose las.) Tome usted, señora: fueron del cardenal Richelieu. (La Marquesa da un grito y entrega las zapatillas a Luis.)

MARQUESA.—Hijo mío: para ti. ¡Vámonos! ¡Ay! ¡No puedo más! ¡Que se calle ese pitil! (Inicia el mutis riendo como loca)

Luis.—(Con las zapatillas en la mano.) ¡Ya sabía yo que cargaría con las consecuencias!...

MARQUESA.—¡Que se calle ese pitil!...

(Todos soplan para apagar el infiernillo.)





RETRATO DE NIÑO

(Por Eugenio Hermoso)



EL HÁBITO DEL ORDEN

BLANCO SUPREMO DE LA EDUCACIÓN EN LAS ESCUELAS

(Fragmento de un discurso leído por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Francisco Ragonessi, Nuncio Apostólico, en el Seminario y Universidad Pontificia de Comillas.)



MADOS JOVENES:

El orden depende, sobre todo, de la mentalidad natural: hay individuos mejor equilibrados que otros, como existen unos pueblos más disciplinados y otros menos. Empero, cuando se estudia el desarrollo de los individuos y de las colectividades, claro aparece que la mayor o menor disposición al orden, se debe, en gran parte, al grado de su educación y cultura. Tribus, que antiguamente aparecieron con caracteres de anarquía, se ostentan hoy como dechados de orden y disciplina; y naciones que llegaron a producir obras maravillosas de organización, en nuestros tiempos vegetan lastimosamente desorganizadas.

Y ¿qué medios y resortes ofrecen las escuelas a los alumnos para adiestrarlos a ordenar sus ideas y afectos hasta conseguir el hábito del orden y aplicarlo en sus obras con espontánea naturalidad? Podemos afirmar que tantos son los medios de educar en el orden, cuantos son los instrumentos de la educación y enseñanza empezando por la persona del maestro y la estructura de las escuelas.

Poderosa influencia ejerce sobre las facultades imitativas de los jóvenes el profesor, que en sus palabras, en sus actos, en su porte y en todo se muestra vivo modelo de orden.

El orden en el edificio escolar, en las aulas y en todos los materiales, entra por los sentidos en el ánimo tierno de los alumnos.

Con todo, no son éstos los medios de que ahora tratamos. Ni tratamos del plan de estudios que, concentrado con metódico sistema en la formación intelectual, facilita el camino para conseguir el hábito de ordenar ideas y cosas.

Mucho menos hablaremos de las varias asignaturas; aunque cada una de ellas y todas de concierto han de concurrir a la armónica educación de las facultades humanas bajo la dirección de la inteligencia: la cátedra de Catolicismo, que es esencialmente Religión de armonía; la Filosofía, que con sus diversas ramas, Lógica, Metafísica y Ética, tiende, por su naturaleza, a ordenar las facultades y potencias del hombre, sus ideas, afectos y sentimientos; las disciplinas morales y políticas, que con sus varias aplicaciones establecen el equilibrio entre los derechos y deberes correlativos: la Matemática con la Geometría, Aritmética y Álgebra; la Física y demás ciencias naturales; la Historia y las bellas Letras; en fin, todas las asignaturas deben converger, no tanto a henchir el espíritu de los alumnos con múltiples conocimientos, cuanto a ordenar sus facultades y sus actos.

No pudiendo desentrañar todos estos temas, concretémonos a discurrir sobre el estudio de las Letras, mirándolas, no desde el punto de vista de la estética, sino de la influencia que ellas han de ejercer en el espíritu de los jóvenes como factor de orden y armonía.

Gran confusión domina en no pequeña parte de la Literatura moderna. ¿Quién puede negarlo? Es el lamentado general de los verdaderos sabios.

Se oyen y se leen conferencias, sermones, obras literarias que admiran, por la importancia de los temas, por la copia de la erudición, la nobleza de las ideas, la elocuencia de la forma; y, sin embargo, son tan oscuro, que a los oyentes y lectores resulta difícil o imposible epilogarlas, por no llevar en su memoria sino un eco lejano de vacías sonoridades.

No faltan en ellas ni propiedad de lenguaje, ni viveza de frases, ni elegancia de estilo, ni belleza de imágenes y figuras; les falta la claridad, dote esencial de los escritos y discursos.

¿Y cómo en medio de tan relevantes cualidades y en tanta profusión de retóricos adornos pudo faltar la claridad? Porque faltó un ideal claro y preciso, o faltó la subordinación de las partes a ese ideal, o la coordinación de ellas entre sí: en una palabra, porque faltó el orden, que es la luz de las cosas: *lucidus ordo*.

Semejantes producciones literarias se presentan como lienzos sin composición artística en su conjunto, aunque tengan figuras y ornamentos primorosos.

Así la literatura, que por su propia naturaleza debería concurrir a llevar la paz y la concordia, contribuye poderosamente al deplorado acrecentamiento de la confusión y anarquía en el espíritu de los individuos y de la sociedad.

Es éste uno de los frutos naturales de la desatinada dirección que en las aulas, especialmente de segunda enseñanza, se da al estudio de las Letras, olvidando que su principal objeto es contribuir a educar armónicamente la inteligencia, la voluntad, el corazón y la fantasía de los escolares, y a formar en ellos el hábito del orden.

* * *

Es menester, pues, restaurar los procedimientos en el estudio de las Letras; es preciso armonizar los métodos pedagógicos modernos con los antiguos que tantos y tan admirables resultados produjeron. Vosotros, amadísimos jóvenes, bien los conocéis.

Uno de estos medios consiste en el análisis de los modelos que los grandes maestros, especialmente de la antigüedad griega y romana, nos legaron en sus obras inmortales, ejercicios que, practicados bajo la sabia dirección de vuestros egregios profesores, os harán penetrar en el alma de los clásicos y asistir a sus elaboraciones espirituales.

Veréis con cuánto esmero, antes de tomar la pluma, dibujaban en su mente el plan general de la obra, conforme a todas las leyes del orden y, especialmente, a la de la subordinación y coordinación.

Veréis cómo, aunque no diseñaban la obra hasta en sus últimos pormenores, trazaban las líneas que yo llamaría arquitectónicas; y cómo, al dar forma sensible a sus concepciones, iban inspirándose al calor del trabajo.

Veréis que sus producciones brotaban de la mente como de un tronco, cuyas ramas, al sol de la primavera, van cubriéndose de hojas, flores y frutos, conservando la forma ordenada del árbol.

* * *

Otro de los medios eficaces para familiarizarse con el orden, es el desarrollo de temas oportunos y adecuados.

Los alumnos que se ejerciten con discreta frecuencia en semejante aprendizaje lograrán poco a poco, no sólo el manejo del idioma, sino la fácil manera de enlazar lógicamente conceptos, juicios y raciocinios, y de reproducirlos con precisión en sus escritos.

No se encarecerá jamás lo suficiente esta clase de ejercicios, tan descuidados hoy día a causa, tal vez, del corto período de años que se consagra a la segunda enseñanza.

La Literatura, que es la más noble de las Bellas Artes, de todas participa: participa de la música en lo numeroso de los períodos, en la cadencia de cada uno de sus miembros y en la eufónica combinación de las palabras; de la pintura, en la descripción de los cuadros y viveza de los colores con que se revisten las imágenes; de la escultura, en la modelación de la forma y primor de los relieves; y, sobre todo, participa de la arquitectura, en el plan fundamental y en las grandes líneas que forman proporcionadamente el esquema y trabazón de la obra.

Composición, a la cual falte alguna de aquellas primeras dotes artísticas, ostentará mayor o menor grado de perfección; pero será radicalmente imperfecta si carece de la última, si carece de la *armazón arquitectónica*.

Las obras literarias sin orden son como edificios sin planos. Suponed un alcázar suntuoso, rico en soberbias estatuas, en mosaicos vistosos, en espléndidos rasgos y perfiles delicados, más desprovisto de concierto y proporción en su estructura: ¿qué resultará? Un excelente laberinto, no un magnífico palacio.

Vosotros, amadísimos jóvenes, antes de emprender vuestro trabajo, debéis a manera de hábiles arquitectos que diseñan previamente la planta del edificio, dibujar en la mente el plan de la obra, la distribución de sus partes y el mutuo enlace con que se traban.

No se puede escribir, hablar y obrar con orden, si antes no se piensa ordenadamente: los escritos y discursos son como espejos, en los cuales el autor, fatalmente, refleja su propia imagen.

* * *

Tercer auxiliar del orden, compañero de los dos precedentes, es la *meditación, madre de la sabiduría*.

Ejercitaos, pues, en reflexionar los temas hasta comprenderlos y dominarlos por completo; adiestraos sobre todo en contener la fantasía en su propia esfera.

En nuestros días se lee mucho, y poco se digiere; casi nada se medita, y se escribe demasiado. Con cuatro nociones superficiales se cree tener derecho a dogmatizar sobre problemas gravísimos de ciencia, de política, de arte, de Religión... de Religión sobre todo, sin tener siquiera conocimiento del Catecismo.

Precaveos de semejante audacia: no escribáis ni una carta sin haberla previamente meditado. Cuando, fecundada la inteligencia por la meditación, hayáis llegado a la clara visión de la obra entera con una síntesis que adecuadamente la abraza; y cuando, mediante análisis perfecto, lleguéis a poseer lúcidas ideas de todas y cada una de sus partes, sólo entonces podréis intentar escribir, seguros de escribir, no sólo con orden, sino con elocuencia.





RAYO DE SOL

TIMIDO RAYO DE LA LUZ DEL DIA
que empiezas a brillar en el Oriente;
ven a alegrar con tu fulgor mi frente
y mi alma a iluminar con tu alegría!

De par en par abierta mi ventana
impaciente dejé para que fuera
el tibio halago de la luz primera
silenciosa y espléndida diana
que, al vibrar anunciando la mañana,
sin sobresalto despertar me hiciera.

¡Ven! Compensando su tenaz desvelo
con su sueño letárgico y profundo,
aún duerme la ciudad, porque en el mundo
amanece más tarde que en el cielo.
Y yo, gozoso porque al fin ha huído
la sombra triste, impenetrable y negra,
como el dolor, la muerte y el olvido,
disfruto, en dulce placidez sumido,
del solo instante en que la luz me alegra,
sin que me asorde y me confunda el ruido.

Tu luz divina que discreta avanza
sabe poner, cuando mi frente besa,
la inquebrantable fe de su promesa
en el vago anhelar de mi esperanza.
Y ante la claridad y la hermosura
del sol que surge majestuosamente
en ascensión triunfal, lenta y segura,
dejo la incierta aspiración futura
por la concreta realidad presente.

No extrañéis que el espíritu cobarde
cuando muere entre nubes de oro y grana
el último destello de la tarde,
sueñe en lo porvenir, y de un mañana,
que nunca llega, su ventura aguarde.
Dejad que el alma de ilusiones llena,
que en su esperanza se consume y arde,
haga más rigurosa su condena;
y que, anhelosa, crédula y rebelde,
mientras busca el placer doble la pena
y a cada nuevo afán añada y sulte
un pesado eslabón a su cadena.

Yo, mientras vierte su esplendor la aurora,
como San Agustín, oigo obediente
la voz divina que me dice: ¡Ahora!
Y, fijando los ojos y la mente
en el sol que me alumbra y no me ciega,
cuya luz, amorosa y blandamente,
en tibias ondas a inundarme llega,
cual si manase de inexhausta fuente,
abro de par en par el alma mía,
como abrí mi ventana, porque espero
que tú, rayo, has de ser el mensajero
de un venturoso, inacabable día,
en cuya claridad eterna quiero
gozar del solo bien que es verdadero,
¡por ser gloria y amor, paz y alegría!

MANUEL DE SANDOVAL





TEMAS ACTUALES

EL PAN DEL CURA



EL PARLAMENTO ESPAÑOL SE HA redimido, acaso, de sus muchas culpas, con un acto de justicia. Ha otorgado un aumento de once millones y medio de pesetas a los haberes del clero, derramando especialmente esta cantidad considerable, sobre los menos atendidos, sobre los párrocos rurales, sobre los coadjutores de las parroquias, sobre los beneficiados catedralicios...

Sinceramente hemos de consignar nuestro entusiasmo por esa votación parlamentaria. Una vez por lo menos, esta vez de modo cierto, el espíritu de Dios ha dominado sobre las luchas de los partidos. La miseria ambiente se ha rendido ante la justicia. Tanta era la razón de la demanda.

Quisiéramos nosotros que cuantos pueden influir en el régimen de la vida nacional, estudiaran el problema parroquial español. Allí está lo único que queda de vigor espiritual, allí la última esperanza de ennoblecimiento de las muchedumbres. Allí, la salvación de millones de almas... El mísero cura, pobremente vestido, que atiende a sus fieles, y los aconseja y los guía, es una forma celestial de la Gracia de Dios. Si

faltase la palabra del sacerdote, si desapareciese del confesionario el guía de las conciencias, si se borrara el ejemplo de la abnegación y de la caridad en las costumbres de los pueblos, sólo quedarían en pie odios, malas ambiciones, crímenes y espantos. Cuando visitamos un pueblecito pequeño, advertimos la necesidad del consejo eclesiástico. Porque allí no hay señal alguna de otra organización espiritual.

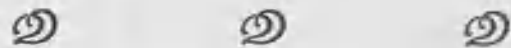
Por eso, el pequeño aumento en los haberes de los clérigos, constituye hoy causa de alegría para los que amamos a Dios, y ante El nos rendimos.

No es todo malo en la vida. Alguna vez surgen nobles esperanzas. Y esta que nos han dado los parlamentarios, y los jefes de los partidos, debe ser tenida en cuenta. VOLUNTAD envía a los dignos sacerdotes que tanto han sufrido, y que ahora van a comenzar a recibir algún aumento en sus beneficios, un saludo alegre. Esto no será sino el comienzo —debe serlo, al menos— de la reparación necesaria.

Campana que comienza en el día de hoy es esta de la que nos felicitamos... Esfuércense todos para continuar en la lucha, hasta que Dios sea reverenciado en sus Ministros.



EL RINCON



UANDO VEMOS PASAR ANTE NOS- otros una familia pobre; el padre y la madre mal vestidos, tres o cuatro chicuelos desgarrapizados, sentimos una inmensa, tierna, cristiana curiosidad... ¿Dónde vive esa gente?...

Viven de tal suerte y en tan miserables cuchitriles, que si penetráramos en ellos sentiríamos terror en el alma, asco en el estómago, remordimiento por encima de todo.

¡Pobres gentes las que no pueden morar en la higiene y en la defensa fisiológica... Infelices y desdichados los que sufren el ahogo, la fetidez, el contagio microbiano... A las veces, los propietarios de estos tugurios cobran rentas espléndidas, alquilándolos a los menesterosos. Inútiles las protestas de la misericordia, estériles las indignaciones de los caritativos. El crimen continúa, perdura, y nadie lo concluye.

Recordamos de una familia lugareña, sana y fuerte, que se vió obligada a vivir en Madrid. El exiguo jornal del jefe

de esa familia obligó a alquilar un cuartucho hediondo, en una casa de vecindad de la calle de Segovia. Dos años más tarde, los lugareños, sonrosados y vigorosos, se habían convertido en seres anémicos, pálidos, sin energía. Cierta que comían mal, pero no es menos cierto que la decadencia del linaje se operó tan rápidamente, porque esa familia dormía en una atmósfera envenenada. La primera semana fué trágica. Los padres y los hijos ansiaban retornar a la aldea. No les fué posible. Se fueron acostumbrando. Esto es, que se resignaron a morir, a enflaquecer, a la pérdida del empuje elástico de los músculos fuertes. Los pulmones se contentaron con menos aire que antes. ¡El rincón madricense los había esclavizado!

¡Cómo soñaban con el aire puro del lugarejo!... Y al llegar la primavera ¡cómo echaban de menos el volar de las golondrinas y los vencejos sobre la alta torre parroquial!...

El rincón del pobre es la causa principal de los odios sociales. Destruyamos el ruin albergue y habremos espantado para siempre al buitre del odio.



LA HOGAZA



MAGNO PROBLEMA NACIONAL ESTE de la hogaza. Diríamos que la palabra castiza que hemos inscrito es anticuada y anacrónica. Porque ese vocablo significa «pieza de pan de peso de más de dos libras».

El Concejo de Segovia en el año 1730 aplicó la pena de dos horas de sujeción sobre la columna de piedra en que eran descabezados los ladrones y asesinos, y luego dos tandas de varetazos de a 70 cada una a los panaderos que vendieran hogazas de peso inferior al señalado... En Sevilla, el Corregidor Bohórquez impuso pena de muerte a los «mercaderes del pan, confabulados, para robar al pueblo en la cantidad del pan que expendían».

Y si analizáramos las tradiciones y jurisprudencias edificaciones de nuestra patria, hallaríamos cientos de ejemplos semejantes. Porque en esa era, en que los ignorantes suponen que la muchedumbre era explotada, vilipendiada y sacrificada, regía un espíritu de alta justicia; y al mísero se le daba todo, sin que lo que ahora se llama «influencia» quitase brío a la autoridad para la defensa de los menesterosos.

Felipe II dice en una de sus cartas a un secretario de su despacho:

«Habeis de saber que me han dicho que en Sepúlveda, Olmedo, y en Valladolid también, andan los Concejos desordenados en la corrección de abusos contra los trabajadores, y les merman el peso y les elevan el precio del pan... Y esto no ha de ser, porque contra tal abuso está mi deseo, que es orden de Dios... Y así pondréis correctivo, si no queréis incurrir en mi desagrado.»

Mucho han cambiado las cosas. La hogaza ya no existe. Lo que dan en la panadería es una hipótesis de pan. Ni sabemos qué cantidad de trigo se nos entrega. Mezclas absurdas manchan la «Gracia de Dios», que es como Santa Teresa llamó al pan, especificando que eso era *alba harina, bien molida, bien cocida, bien pesada...*»

Y en otra ocasión la Santa de Avila dijo: «*El que roba al pobre es cien veces ladrón... Quien se lucra con el hambre es un malvado, cien veces malvado.*»

Restaurar la hogaza castiza en su condición y en su peso será suprimir causas de revoluciones.



LA CUMBRE MÍSTICA

X

ESCUELAS DE VANIDAD Y DE HUMILDAD ◉ EL JUSTO MEDIO DE LA FILOSOFÍA CRISTIANA
 CETRO DE REY ◉ LAS DOS VIRTUDES INTELECTUALES: LA ABSTRACCIÓN Y LA INTUICIÓN



A FILOSOFIA ES UNA escuela de humildad. Yo le propuse a mi razón —dice el Eclesiastés— investigar curiosamente las cosas... Allegué muchedumbre de sabiduría y de ciencia, mas vi que todo es vanidad de vanidades, pura vanidad con que los hijos de los hombres se afanan inútilmente bajo el

sol. La mucha sabiduría es trabajo y aflicción de espíritu; quien añade ciencia, añade dolor... —Sólo sé que no sé nada —profería Sócrates con resignación melancólica— y aunque tampoco los sofistas saben nada, creen saberlo todo...

Que la filosofía es el conocimiento científico de nuestras ignorancia y vanidad, lo han repetido luego todos los pensadores, desde el divino sabio de Israel, desde el sublime ateniense, a Manuel Kant. Cinco siglos antes que el famoso crítico de la razón pura, señalaba el Doctor Angélico la flaqueza y limitación de nuestro pobre entender: —Sólo Dios conoce las cosas

por su propia esencia; no así la razón humana, la cual no puede conocer en esta vida las sustancias inmateriales sino indirectamente, de un modo imperfecto, por medio de las materiales, y aún éstas no por intuición sensible sino por abstracción intelectual; así las especies de las cosas son recibidas por nosotros según el modo del entendimiento y no según el de las cosas mismas. Ni siquiera el alma, mientras reside en la carne, puede conocerse en su esencia, más por sus actos.

Pero la filosofía cristiana, al fijar para siempre los cotos y jurisdicciones del intelecto, se pone a igual distancia del dogmatismo racionalista y del escepticismo trascendental. —Sí; yacemos en las cárceles del tiempo y del espacio, mientras vivimos en la tierra y encadenados al mundo de los fenómenos sensibles, pero aún así nuestras almas inmortales tienen ventanas maravillosas por donde asomarse a los eternos horizontes. De las cavernas del espíritu fluye un raudal de ideas generales, de conceptos puros, con que romper los diques de la sensibilidad y en lo más íntimo del alma, en esa imagen de la Inteligencia divina, surge, no solamente ese copioso manantial, sino también una representación admirable donde contempla-

mos, como en un espejo, lo que pasa en aquel piélago sin fondo que mientras peregrinamos por el mundo no se nos muestra sin neblinas. Tal representación es imperfecta, es enigmática, pero es una verdadera representación: en ese diminuto cristal, dilatado infinitamente, podemos percibir lo infinito; en sus tenues resplandores se nos refleja el sumo resplandor. La leve centella que salta del pedernal puede conducirnos a la imaginación del océano de fuego que descubren los astrónomos en el astro del día...

—No dice nuestro Balmes, de quien son todas estas reflexiones—, no está condenada la inteligencia a la infecundidad ni al vacío; no es la razón una palabra estéril ni el discurso un juego pueril. En medio de los errores y los prejuicios humanos descuella esa magnífica virtud por la cual el espíritu se lanza fuera de sí propio, *conoce* lo que no puede *ver* y *presiente* el nuevo mundo que ha de *sentir* un día. La naturaleza está velada a nuestros ojos; arcanos impenetrables nos ciñen, sombras que envuelven la realidad de los objetos, pero al través de las tinieblas columbramos algunos destellos de luz: no obstante el profundo silencio que reina en el piélago de los seres, entre cuyas oleadas nos agitamos, como gotas impercetibles en la inmensidad de los mares, oímos de vez en cuando voces misteriosas que nos indican el rumbo hacia playas desconocidas...

Sin duda —añade el docto agustino P. Arnaiz, que ha examinado estas cuestiones con penetrante lucidez— hay cierta desproporción entre la mente de los hombres y la realidad de las cosas. Nuestra razón es incapaz, por naturaleza, de conocer el *todo de la nada*; la verdad íntegra y absoluta y perfecta no es de este mundo... Lo individual y concreto, como tal, es inconcebible: no hay ciencia, decía ya Aristóteles sino de lo universal, *Omne individuum inefabile*, según el axioma escolástico, y precisamente la realidad es toda ella individual, es inefable, incomprensible, en sus determinaciones y relaciones concretas... Los modos de concebir la mente y los modos de ser las cosas son distintos: un concepto, una ley, una fórmula científica, son como dibujos y perfiles, aspectos parciales de realidad, inagotable para la inteligencia. Pero incompletos no quiere decir falsos: lo serían si la razón alterase el contenido objetivo de sus conceptos puros, mas la razón no crea ese contenido ni pone nada en él: son datos primarios que ella recibe pasivamente, impuestos por la realidad en la intuición sensible. Que la inteligencia descomponga los aspectos y relaciones de las cosas y prescinda, al pensar cada uno, de los otros, cierto; mas prescindir de sus relaciones objetivas con los demás no es desmentir estas relaciones, analizar una síntesis real no es negar la síntesis, antes bien es un medio necesario para ver mejor y aproximarse a la realidad concreta...

Pese a todos los enemigos de la razón, igual aquellos que la endiosan al punto de aniquilarla en el vacío, que estos otros que la revuelcan por el cieno, la inteligencia humana, con su virtud característica: la facultad de abstraer, es y será perpetuamente el más lustre blasón de nuestro divino linaje. El animal se

mueve por un impulso necesario, ve los fenómenos, conoce por instinto la relación de la causa y del efecto, percibe y obra, siente y sufre, aborrece y ama, desea y ejecuta: sólo el hombre razona, piensa, discute, abstrae, rompe la esclavitud de lo presente para vivir en lo pasado y lo futuro: reduce a unidad la muchedumbre de las cosas; cifra el sol en el centro de una lente y el universo todo en una gota de agua; fija en un punto inmovible, en un punto matemático, la formidable, la impetuosa fluencia de la Vida. Ese centro de rey, esa facultad soberana, «fuente del lenguaje, intérprete de la naturaleza, madre de las religiones y las filosofías, único y verdadero distintivo que separa a los hombres de los brutos y al ser superior del inferior», según palabras de Taine, lejos de ser una cadena de esclavitud que nos ata a las cosas materiales, como dicen los filósofos modernistas, es, cabalmente, la corona de nuestra libertad.

Pero aun tenemos, a la par del discurso, no por *encima* ni *debajo*, sino en el centro mismo de nuestra noble inteligencia, otra más preciosa virtud que, en vez de ejercerse por meros conceptos generales, obra por una súbita iluminación de la mente, por una visión fugaz pero inmediata, de los objetos más recónditos y oscuros, de las relaciones menos sospechadas, menos perceptibles: hé aquí la intuición.

Ahora bien; las calidades y diferencias de la intuición y del discurso, la coexistencia de ambos modos de percibir y conocer no son precisamente un descubrimiento de Kant ni menos de Bergson. Muchos siglos antes que el crítico prusiano y que el sofista francés, conocían los teólogos esas y otras presuntas novedades con que hoy se pavonean tantos ilustres y presumidos ingenios.

Como que la severa y justa distinción entre el conocimiento intuitivo y el discursivo está enlazada con uno de los más altos y fundamentales problemas de la Teología dogmática y de la mística teología, según veremos después: como que todo el orden soberano de la contemplación sobrenatural, la de los místicos en este mundo, la de los justos en la eterna beatitud, descansa precisamente sobre la piedra angular de la intuición.

—Sabido es —dice Balmes a este propósito— que nuestra religión admite la posibilidad y la realidad de un verdadero conocimiento de Dios, aun en esta vida. El sagrado texto nos dice que podemos conocer a Dios por sus obras, que lo invisible de Dios se nos manifiesta por sus criaturas visibles, que los cielos cantan su gloria y que el firmamento muestra las hechuras de sus manos; pero esta misma religión nos dice también que los bienaventurados conocerán a Dios de otro modo, cara a cara, viéndole tal como es. Hé aquí al Cristianismo haciendo la diferencia entre el conocimiento intuitivo y el discursivo: entre el conocimiento por el cual nos elevamos a Dios procediendo de los efectos a la causa, de las ideas a la realidad absoluta, y el conocimiento en que el espíritu no necesita recoger discursivamente varios conceptos para elevarse con ellos a la idea de Dios, en que el Ser infinito se ofrecerá a los ojos del alma no en un concep-

to elaborado por la razón ni bajo los sublimes enigmas ofrecidos por la fe, sino tal como es en sí propio, como un objeto dado inmediatamente a la facultad perceptiva... ¿Quién pudiera sospechar que la religión nos enseñara una distinción tan importante en la ciencia ideológica? Pues esa distinción se halla en el Catecismo...

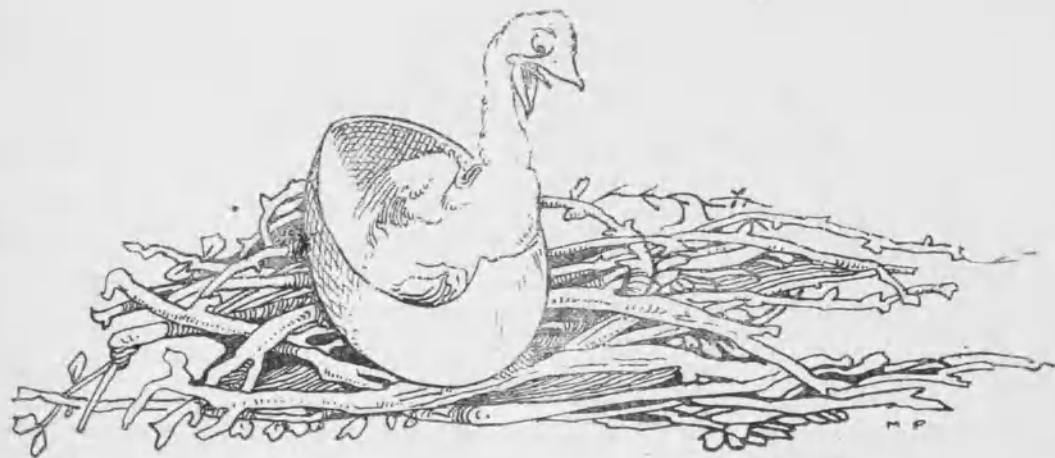
En cambio Bergson, al modo de los quietistas, los pseudomísticos, los modernistas y toda esa caterva de alumbrados de la nueva heterodoxia, lejos de descubrir la intuición, virtud tan antigua como el primer hombre que supo entender alguna cosa por comprensión inmediata y no por deducciones *in abstracto*, no hace caer sino en los más viejos extravíos acerca de la naturaleza del alma, confundir sus más puras facultades, sus más generosas operaciones; revolver los problemas psicológicos, mezclar los fenómenos intelectuales con los sensitivos; rebajar al hombre al nivel de los brutos, asimilando, o poco menos, la virtud de conocer a los ímpetus más viles con que se manifiestan la energía vital y el instinto de conservación de las especies.

Porque la intuición es una virtud intelectual; porque a la inteligencia, que es el órgano indiscutible de todo conocer, le pertenecen los dos conocimientos: el intuitivo y el discursivo, los cuales mutuamente se apoyan y completan; porque precisamente la cualidad del

genio estriba en la extensión, la frecuencia y la claridad de sus intuiciones, y, cuanto más elevado y pujante, será menos discursivo que intuitivo. Así la Inteligencia infinita conoce por visión no por discurso; no busca los objetos ni los compara ni relaciona, pues los ve directa y sencialmente, y así las almas de los hombres, a imagen y semejanza de su divino artífice intuyen con más brío cuanto más se elevan en las escalas de perfección.

Que el conocer intuitivo, ya en el arte, en la ciencia, en la especulación filosófica y aun en la cumbre mística, en los grados supremos de la oración, hasta en la unión transformante, como lo prueban los más sublimes doctores, no es otra cosa que una luz intelectual (aunque se produzca por modos y con fines distintos), un puro reflejo de la Inteligencia divina, ¿quién puede negarlo y, menos, sostener que es un impulso del instinto ciego?, pues si es ciego, ¿cómo puede intuir una tensión de las fuerzas generadoras, de la vida irracional, de lo inconsciente, algo, en fin, parecido al picotazo con que el polluelo rompe su cascarón, o a la fina puñalada con que ciertos himenópteros cortan los nervios de sus víctimas para guardarlas vivas e inmóviles y tener en ellas, a cualquier hora, fresco y a punto el yantar?

RICARDO LEON





LA MANO DE DIOS

CUENTO



ELVIRA LA ATURDIAN CON el cuento:

—¡Ay mujer, que el to rapaz je de la piel del demonio...!

Y ella lo confesaba con tristeza.

—¡Si, mi alma que je mala, ye verdá...!

Y siempre había sido malo, de rapaz, de mozueto, de ahora, de hombre... Debíale a su madre adoración y la mataba a disgustos. Cuando Elvira quedó viuda, toda la fortuna que su

pobre marido la dejara era dos niños de muy pocos años que pudieran caer bajo una cesta: «un matrimonio», una parejita: el niño, Sidro, la niña, Consuelín... Más la salud de Elvira era de hierro y alcanzaba para todo; y a más, su juventud fuerte y lozana, de flor de montaña ruda, le abría ante los ojos larga vida. Pudo haberse casado nuevamente, y siempre dijo que no: esto la repugnaba, la ofendía y la hubiera parecido el aceptar un nuevo galanteo un crimen contra sus hijos y contra sus recuerdos más sagrados. Y era inútil tratarle de este punto.

—¡Mal año pa los demonios...! —decía ella—. ¡No, fía, que he de casame! Mientras haya praos que trabayar, maíz que sallar, y manzanes que arrecoger, no tocarán míos manos otra cosa que el cuerpo de los míos fíos, les pales, y les fesories...

Alguna de las vecinas insistía:

—Pos Paco el madreñer, buen partiu ye...

—Y Elvira se alejaba murmurando:

—Con los míos fíos tengo yo bastante...

Y no eran palabras vanas: a sus hijos dedicó toda su vida. Por ellos trabajaba sin descanso desde el alborar hasta la noche; por ellos se desvelaba; por ellos se agostó su mocedad... Y en sus horas de ausencia y de labor, pasadas unas veces en el monte en acarreo de leña, pasadas otras veces en los huertos abriendo surcos ardientes bajo la furia del sol, su sola preocupación eran sus hijos...

—¡Ay, Dios! ¿Qué farán ahora?...

Los cuidaba una vecina. Y Consuelín, mansa, humilde, sbale por el agua del Reborio en pequeños cantaritos, y le barría la casa, y le paseaba un nene...

Pero Sidro no era así: le agradaba escaparse al castaño, y robar las castañas de la «cuerría»; chapuzarse en el río, y robar las truchas de los cestillos de los pescadores; meterse en las pomaradas y robar las manzanas de los árboles. Además le gustaban las pedreas y no dejaba la honda de la mano; y en las mañanas de invierno, blanqueadas por la nieve, cazaba los gorriones

en las trampas y tenía un sumo placer en irles retorciendo la cabeza... En Cangas, Sidro era el coco: le temían los rapaces porque no les dejaba hueso sano; le evitaban las mujeres porque las perseguía con diabluras; y le odiaban los dueños de los campos, porque era el continuo azote de los frutos...

Y cuando llegaba Elvira de retorno del trabajo, lacia, agotada, llena de sudor, los vecinos abrumábanla con quejas. Y ella cogía al rapaz y le cansaba a golpes, después de ver que era inútil el reducirle a consejos. Y Elvira gritaba así:

—¡Señor, que yo no puedo salir a jornal y vigilar a este gandul pa que vaya a la escuela...! ¿Qué faré yo, Señor...? Qué to facer...?

Se le saltaban las lágrimas; y Sidro se sentaba en un rincón, daba primeramente unos chillidos, callaba luego de pronto y le decía a su madre a poco rato:

—¡Total, tu mano non duel...!

Y era verdad: no le dolía al mozo; cansada de un trabajo intenso y rudo la mano vigorosa de su madre no le hacía mella ninguna. Y a ella se le partía el corazón cada vez que se lo oía y le replicaba así:

—Si, fío, non duel mío mano, pere teme la de Dios, que aprieta más...!

Al cabo Consuelín salió a servir, y Sidro se fué de quintas y retornó a su casa más inútil, más audaz y más vicioso... Ahora, ya sabía del fumar, del dormir fuera de casa, del pasarse la vida en la taberna, del blasfemar soezmente, del jugar ávidamente su dinero, del armar una camorra por menos de un ochavillo...

Entró en varios acomodos, y de todos tuvieron que arrojarle. Las pesetas que en ellos se ganó, todas fueron para el chigre; su madre no vio una sola. Y ella tenía que luchar con más fatiga que nunca, porque Sidro la agobiaba exigiéndola regalos. A veces, terminada su labor, ella entraba en su casa ansiosamente con afán de descansar y de cenar. Y no encontraba la cena. Su cena era un huevo frito, o era un guiso de patatas, o era un trozo de borona con leche de la vaca de Doña Regina. Y no encontraba la cena, porque Sidro había llegado hacia el caer de la tarde y se la había comido con la suya. Y con frecuencia revolvía el arca y registraba el vasar en busca de una peseta que pudiera esconder para el mañana la previsión de su madre. Después marchábase al chigre y la jugaba a la brisca. Y después volvía borracho, mascullando blasfemias y gruñidos y tropezando con todo. Y Elvira deseaba en aquellos momentos tener una fuerza inmensa, para lanzarse sobre él y deshacerlo a golpes...

En aquellos momentos nada más, porque luego, al día siguiente, ya todo lo había olvidado. Las vecinas se cansaban de decirle:

—¡Fiu miu había de ser...!
y Elvira respondía con dolor:

—¡Sí, sí...!
—Y así me salve Dios, va a acabar mal.

—¡Sí, sí...!
—Debes metelu en el tren y que el mundiu lu enseñe.

—¡Sí, sí...!
Pero llegaba Sidro, descompuesto, baboso de embriaguez y es-
tupidez, y llamaba a la puerta con rudeza, y ella se levantaba
humildemente, y le abría, y le acogía, y se decía a sí misma:

—En les piedras de la calle non vas a dexalu que se muera de
frio... Y al fin y a la postre, de tus entrañas ye...

Y llegaron las ferias de la villa, y logró Consuelín en la ciudad
que la dejaran irse con su madre. Llevaba unas pesetas ahorra-
das para darle una sorpresa y sabiendo los apuros porque su ma-
dre pasaba, todas se las entregó... ¡Hija de bendición la pobre

Consuelín...! Siempre había sido tan buena que Elvira sentía or-
gullo al proclamarlo. Cuando lo supo Sidro comentó:

—¡No ta mal, non ta mal lo de Consuelo, que a alguien le ven-
drán bien esas pesetas!

Pero, a pesar de las fiestas, Elvira no dejaba su trabajo. Ha-
bía yerba que coger, yerba segada en los prados que hacinaba en
manojos olorosos. El viento la estremecía y aguardaba el «gara-
batu» que la enganchara en sus dientes, la levantara en el aire y la
apretara luego en un montón. La luz, enamorada de la tierra, pro-
longaba largamente sus crepúsculos, resistiéndose a marcharse de
los campos, las montañas y los bosques. Era el tiempo de la yerba.
Y Elvira y Consuelín fueron a un prado, juntáronse con las mo-
zas y empezaron la labor. Los viejucos contemplaban sonrientes
el acompasado bajar y subir de la «traenta», y el rápido crecer
de los bálagos parduzcos. Reinaba sobre la ancha extensión de
la campiña un silencio grave y dulce. Callaban las brisas; ape-
nas se sentía el ruidito del agua de la riega; alzabase del pai-
saje una profunda emoción...

Una bandada de golondrinas quebró el hechizo del momento
augusto, y levantó Consuelín los ojos hacia estas aves, y sinti-
éndose como ellas golondrina, rompió a cantar con voz cálida
y sonora:

—Molinero, molinero,
solo sabe mi molino
¡lo mucho que yo te quiero...!

La voz ha llenado el aire de cadencias, como la yerba lo llenó
de olores. Tras un cantar sigue otro, pleno del alma de Astu-
rias... Y de pronto un viejucó dice así:

—Dí, Consuelín, ¿tú sabes u tá Sidro?
Consuelín no lo sabía.

—Pos está en la taberna del Filusu, y tenei cuenta con él, por-
que anda con el Ferreru, ese que vino agora del presidiu...

Así acabó la alegría. Ya no hubo más cantares, ni más gra-
cias. Cielo y campo empezaron a envolverse en un velo de rosa
delicado, que ponía una caricia en el paisaje. Sonó una esquila
lejana. Las campanadas del *Angelus* cayeron lentamente de la
torre. Y al retornar a su casa con los aperos al hombro, Elvira vio
a Consuelín amustiada y silenciosa y díjola con amor:

—Pero ¿tú que tienes, né...?
Respondióle Consuelín.

—Yo, ¿qué quier que tenga, na?
Y siguió silenciosa y amustiada, porque de pronto, en el pra-
do, al levantar el tridente con una carga de hierba, le pareció
que alzaba tres archillos...

Sidro las aguardaba en el casucho, paseando impaciente y
temblososo. En cuanto las vio llegar comenzó a relatarles una
historia:

—Que si un compañero antiguo había venido a las ferias, que
si necesitaba convidarlo... Que si ya él les pagaría los cuartos
que le prestasen, en cuanto que trabajara...

Consuelín intervino a su favor:
—Madre, déle tres pesetas.

Tres pesetas: el jornal de las dos mujeres, acabado de co-
brar... Elvira las sacó de mala gana, y se las puso en la mano.

—¿Ná más que esto? —gruñó él.

—Non tengo más.

—Y entonces, ¿pa cuando guarda lo que trajo Consuelo del
serviciu?

Elvira no respondió y Sidro se marchó refunfuñando.

Quedaron solas la madre y la hija y en los oídos de Consuelo

vertió Elvira el contenido caudal de quejas y llantos de que la
llenaban la incorregible haraganería, el vicio contumaz y las re-
petidas pendencias del mozallón. Y terminó su relato;

—¡El mejor día me lu traen muertu...!

Consuelín rompió a llorar:

—¡Ay, ma, que Dios non lo quiera!...

Y avanzó lenta la noche. En la plaza de la villa se sucedieron
las músicas del organillo y de la gaita, los ruidos del tambor y
de los cohetes. Una calle estaba llena de farolillos, y en el cam-
po de la Iglesia encendiése la foguera. Ni Elvira ni Consuelín sa-
lieron de su casucha. Rendidas por la fatiga se arrojaron las dos
sobre la cama y quedaron en silencio. Y de pronto, unos golpes
en la puerta y una voz tartajosa:

—¡Madre... Abra usted!...

Consuelo se incorporó:

—¡No le abra usted mio madre, yo le abro!

Entró Sidro tambaleándose, sosteniéndose en pie a duras pe-
nas. Consuelo le pidió que se sentara y él la rechazó solemne...

—A lo que vengo, vengo, Consuelín. —Díjola el mozo en voz
baja—. Vengo por los tus cuartos, y na más.

Elvira desde la cama preguntó:

—¿Que ye lo que te pide ese gandul?

Y Consuelín dulcemente:

—Nada, madre.

El la cogió por las manos e insistió con torvedad:

—Vengo por los tus cuartos, Consuelín.

Consuelín, llena de miedo, ni sabía qué hacer ni qué decir. El-
vira continuó desde la cama:

—Anda, déxalu ahí, acuéstate tú...

En el corazón de Sidro reventó entonces la cólera y acercóse a
su madre repitiendo:

—¡Vengo por los cuartos, ea...!

Elvira se sentó para gritarle:

—¡Si quíes cuartos, trabaja, folgazán!

Sidro se arrojó sobre ella, la cogió por los hombros, y la sacu-
dió con ímpetu mascullando imbécilmente:

—¡Los cuartos...! ¡Los cuartos...!

Consuelín corrió en auxilio de su madre, mordió las manos de
Sidro, le empujó...

Elvira se levantó llorando de dolor y de rabia y clamó así:

—¡Fia, ábrei esa puerta!

Y señalóse a Sidro:

—¡Sal!

Y salió, dando tumbos; pero salió llevando en el bolsillo los
ahorros de Consuelo, porque ella se los dió, muerta de an-
gustia...

Le aguardaba el Ferreru en la taberna. Y volvieron a jugar y
acabaron por reñir. Sidro tornó a enfurecerse, alzó las manos
rabiosas, convirtiólas en dogal en el cuello del Ferreru... Y el
Ferreru sintió en su borrachera que se alzaba una sombra ante
sus ojos, que algo se le atravesaba en la garganta, que algo era
necesario remover y buscó su navaja en el bolsillo y encajóla
certera bajo el pulmón izquierdo de su verdugo.

Sidro recobró de pronto toda su lucidez. Quiso contener la
sangre apretándose la herida con la ropa. Emprendió a caminar
hacia su casa. Llegó a la puerta, cayó y trémula la voz llamó a
su madre:

—¡Madre...! ¡Madre...!

Dentro sonaban sollozos. Y la voz de su madre los cortó para
decirle a Consuelo:

—¡No le abras!

Los sollozos continuaron. Sidro volvió a repetir:

—¡Madre, por amor de Dios...!

Y dentro no se movían. Y quebrando los sollozos, tornó a oír
a su madre nuevamente:

—¡Dejalu que se muera como un perru...!

Y como un perro moría, yéndosele la sangre a borbotones, sólo,
en plena oscuridad... Hasta que dijo con palabra débil:

—Madre que me mataron en el c.igre...

Oyéronse dos gritos, saltos, pasos; se abrió de golpe la puer-
ta; cayeron las mujeres de rodillas y Elvira preguntó, loca de
espanto:

—¡Ayl. Y ¿quién te mató, fiu del alma...?

Y Sidro con voz apenas perceptible:

—¡Madre, la mano de Dios, que aprieta más...!

MERCEDES VALERO DE CABAL





UN JOVEN PINTOR Y POETA argentino, Octavio Pinto, ha visitado Salamanca. La ha visto con ojos de poeta y ha trasladado su impresión a unos bocetos de pintura, que, transformados mañana en *aguasfuertes*, en ilustraciones de libros y en lienzos, darán por el mundo

una nota de vida del arte de nuestra Salamanca sentimental.

Yo he sentido la emoción artística de esas pinturas de nuestro *Campo de San Francisco*, otoñal, soñador, con su fuente de agua buena, única que nos ha quedado para cuando las aguas del río vienen turbias o escasas o infeccionadas con los gérmenes de mil enfermedades; la calle de *Don Francisco de Montejo*, el vencedor de Yucatán, con aquella encrucijada detrás de *Santo Domingo*, con la pared adornada de musgo y el piso tapizado de hierba, símbolo de los rincones del arte no profanados por la multitud, y la explanada del *Pozo del Campo*, con las callejas entrecruzadas, y allí, en el fondo, la *torre de Sancti Spiritus*.

Pero la impresión que quiero consignar ahora es la del artista-poeta, que me ha comunicado su sentir y su pensar en el habla simpática de nuestro viejo castellano a través de los modismos y dejos de la lengua argentina.

Para los *filisteos* del arte, los de la *gran vía* como norma de progreso, los que se creen de ideas avanzadas porque llevan en su reloj la hora de la estación del ferrocarril (la hora, adelantada, de Francia o de Inglaterra), no tiene sentido el caso de un joven de América que recorre media Europa y se detiene, admirado, ante las calles tortuosas de Salamanca antigua, ante la pátina de una portada conventual, ante el portalón de una casa solariega.

Al anochecer, el otro día, contemplaba conmigo la calle de árboles de las Úrulas, solitaria y sugeridora como pocas, y ante la capilla, que forma un hueco en la pared de la antigua iglesia de Santa María de los Caballeros, con una ventanilla en la puerta, por donde se ve una imagen alumbrada siempre por una luz de aceite que alguna mano piadosa y anónima cuida de mantener, el pintor y poeta argentino se extasiaba y prometía trasladar al lienzo aquella visión de una religiosidad artística inefable.

¡Qué lástima, encima de la capilla está, como fulminando anatemas de materialismo, una lámpara eléctrica municipal, apagando con su luz de artificio y de vida prosáica todo el encanto de aquella otra lucecilla de aceite que oscila ante la imagen con pulsaciones de plegaria!— «Yo pagaría la multa estipulada para ello, lanzando una piedra contra esa luminaria, con tal de poder pintar la capilla a su verdadera luz»—, me decía el artista.

Después, a la luz de la luna, sin un alma que pasara por la calle, nos detuvimos ante Monterrey, pensando, más que en las bellezas arquitectónicas de las cresterías, en las añoranzas de aquellas vidas antiguas de los próceres que habitaron el palacio, cuando se representaban en los salones señoriales los autos de Juan de la Encina, y cuando D. Diego de Torres, el *Don diego de noche*, de la leyenda, se asomaba a la balconada de la galería, y, observando la luna, vaticinaba a los transeuntes que «jera buena noche para sembrar garbanzos!».

En silencio saboreaba el artista argentino la poesía que sugerían aquellas piedras dibujando en lo alto filigranas en el azul de la noche, y aquellas galerías de sombras arcáicas, y se lamentaba de no haber nacido en la vieja España, a donde venía en peregrinación de arte, con el ansia del que no ha visto en su país nuevo más que calles rectilíneas, paralelas, palacios blancos simétricos, casas iguales de cinco pisos, edificios mo-

numentales, todo a peso de oro, pero sin un adarme de pátina, que para el espíritu, para el ideal, vale un mundo.

Me decía Octavio Pinto, refiriéndose a la fuente de piedra con unos leones que había visto en el patio del palacio de los condes de Francos, llamado a desaparecer para dejar paso a la *Gran Vía* de Salamanca:

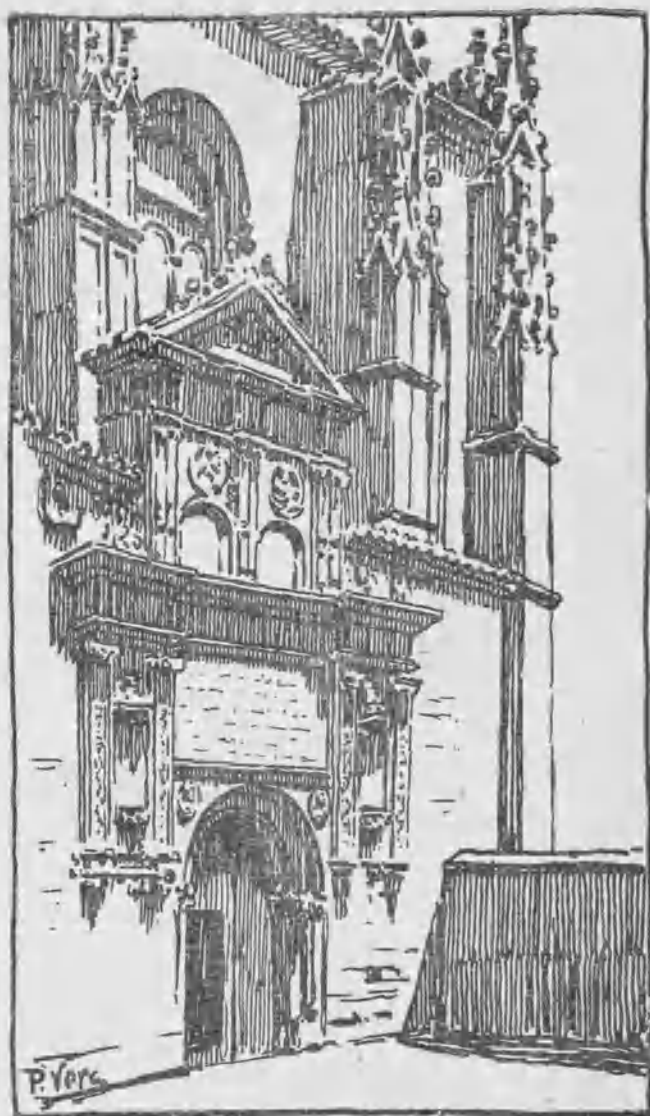
—¡Pero si aquella fuente de piedra y aquel patio valen por toda una *Gran Vía*!

Y me preguntaba, asombrado, qué problema de *descongestión de tránsito* iba a resolver una *Gran Vía* hacia aquella parte de la ciudad en Salamanca. ¡Sin duda los transeúntes, a millares, se habían inclinado todos hacia aquel lado, pues en nuestra plazuela de Monterrey estábamos solos y no se sentían pasos de persona humana (era poco más de anochecido) por todos los alrededores.

La ciudad de Buenos Aires —me aseguraba el argentino—, cuyo plano es cuadrado como un tablero de ajedrez, con *grandes vías*, iguales a las de todas partes, ha sentido la necesidad de romper la simetría y el paralelismo, de tal modo, que con un presupuesto de gastos de 60 millones de duros se está haciendo el trazado de una diagonal, cortando las líneas rectas y derribando edificios enormes (todos sin valor histórico de ninguna clase), sólo por el gusto de caminar a través de la monotonía de las *grandes vías*.

Luego me habló de tomar un apunte de una callejuela típica, inverosímil para los habitantes de las *grandes vías*, la calle de Lobo-Hambre, de Salamanca.

¡Qué impresión—me decía—causarán estos apuntes cuando los presente en alguna Exposición en Améri-



ca una calle estrecha, tortuosa, oscura, de la vieja Salamanca!

Claro está que para los *rastacueros*, los *burgueses* que van al abono de la ópera italiana por lucir un brillante que llevan en el alfiler de la corbata, no se hacen estas pinturas.

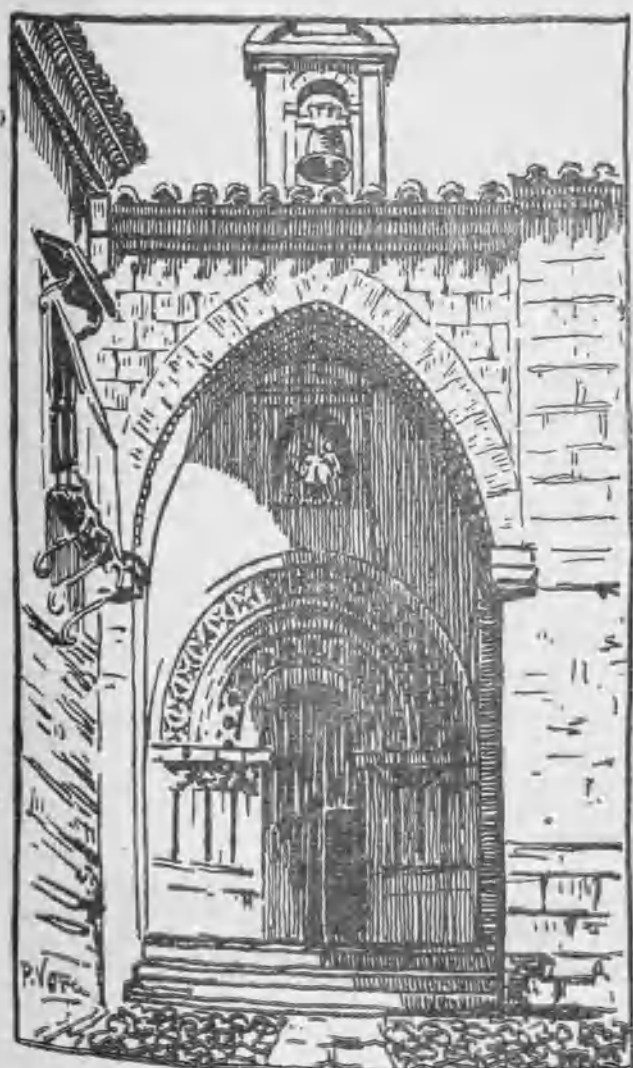
Finalmente, el pintor argentino me ha hecho la merced de sacar un dibujo de la *Casa conventual de las Viejas*.

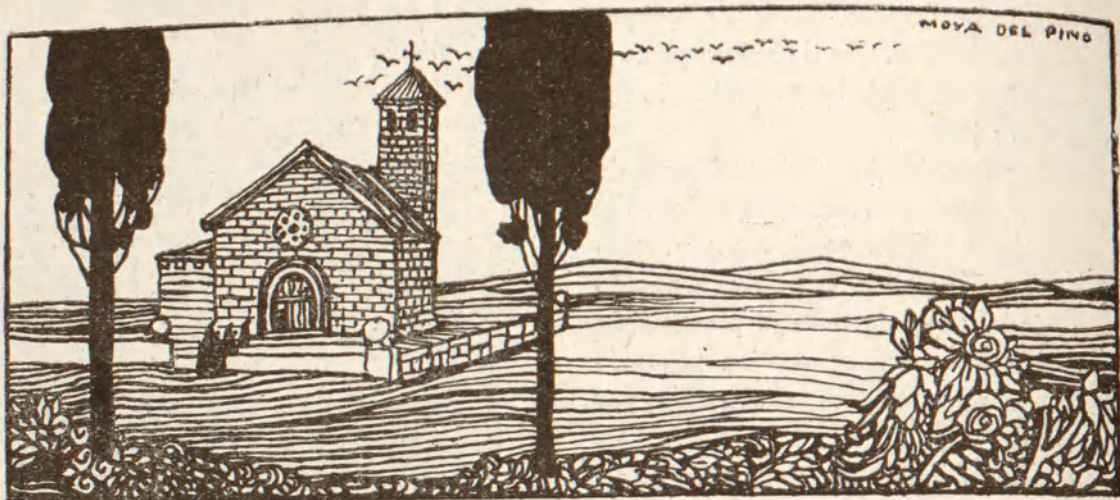
Cuando en Buenos Aires se exponga en un Salón de pintura un *aguafuerte* de la Casa de las Monjas Viejas de Salamanca, quién sabe si entre la multitud de espectadores habrá algún salmantino expatriado que en su niñez recordará haber visto aquella celosía con unas lucecillas que se apagaban una a una, muy despacio, cuando pasaba la procesión del Cristo de Santa Ana, y la madre del expatriado le explicaba aquel misterio a su hijo, diciendo: «Mira, son las monjitas que se van a acostar, y la última es la abadesa, que se queda a cerrar». ¡La emoción del expatriado no se paga, de seguro, con todo el dinero que vale una *gran vía* de Buenos Aires, y, mucho menos, con la *gran vía* de Salamanca, que arrasará la *Casa de las Viejas*, el palacio de los condes de Francos y el puentecillo de Santo Domingo!...

Para no sentir estas cosas, ¿hay que declararse uno de «ideas avanzadas»?

¡Decididamente pongo mi reloj por la hora adelantada de Francia o de Inglaterra!

JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA





LA ORACION DE LA TARDE



A alegría aparece en las fragantes flores,
cuando despiertas abren sus nítidos capullos
y en las fuentes reflejan sus múltiples colores
completando el sonido de sus suaves murmullos.

¿Quién regala a los flores sus púdicos olores?
¿Quién sus tenues ensueños les hace desechar?
¿Quién en tibia mañana de pálidos albores
un día venturoso las viene a despertar?

Es el amante Mayo, el mes dulce y risueño,
que extiende por el campo su original sonrisa
de inspiración y arte, sólo señor y dueño,
que aporta sus bellezas en alas de la brisa.

Tenaz en su trabajo la agreste campesina,
en la hora solemne en que el angelus suena,
de súbito se calla, piadosa se persina,
mientras les notas vibran en la tarde serena.

En el augusto cuadro de creación divina,
detalle emocionante de singular belleza,
el alma dolorida que entre abrojos camina
halla aliento y consuelo de la fe en la pureza.

LOLA MONEDERO